

SERVICIO
SECRETO

Ss

GENTE CAPRICHOSA

Lou Carrigan

SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS





SERVICIO SECRETO



ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección LA HUELLA:

140 — Tempestad en un vaso de agua.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

447 — Cuartel de rurales.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

265 — Sekreten Polizeiken.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

361 — Ha pasado un marshal.

En Colección PUNTO ROJO:

905 — Amor científico.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.527 — Artista invitado.

LOU CARRIGAN

GENTE CAPRICHOSA

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.540

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B, 41.502 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: febrero, 1980

© Lou Carrigan - 1980

texto

© Miguel García - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados y actuales será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPÍTULO PRIMERO

Lo estaban haciendo a pleno sol.

El amor, se entiende.

Joe Masters, fotógrafo, se quedó tan atónito ante la grandiosidad de su suerte que durante unos segundos no fue capaz de reaccionar. Tenía en las manos la formidable cámara con teleobjetivo, todo listo para el disparo, y, ciertamente, había ido allí, a la villa de recreo de la famosísima actriz Kitty Flowers, a obtener unas cuantas fotografías clandestinas más o menos interesantes.

Y allá tenía a Kitty Flowers, abrazada a un sujeto, ambos desnudos, a pleno sol, junto a la piscina, haciendo el amor.

De pasmo.

De colapso, vamos.

Pero, finalmente, en lugar de caer fulminado víctima del colapso, Joe Masters, fotógrafo, reaccionó; salió de su aturdimiento, se acomodó mejor entre las ramas del arbusto de flores tras el cual se había ocultado, y apuntó su cámara al objetivo: Kitty Flowers y su amante, fuese quien fuese. ¡Ah, maldita sea, tenía que conseguir tomar también la cara del sujeto, fuese como fuese!

Durante unos segundos, estuvo contemplando la escena en el visor de la cámara. A un lado de la pareja estaba la piscina; al fondo, la hermosa villa, de blanco fulgor, con toldos listados en verde y blanco. Nadie dudaría un momento que aquella era la casa de descanso de Kitty Flowers en Santa Catalina, pues era más que conocida. La habían fotografiado cientos de veces, las fotografías habían aparecido en cientos de revistas, con textos al pie más o menos como este: «La estrella cinematográfica Kitty Flowers en su villa de la isla de Santa Catalina, descansando tras el rodaje de su última película...»

Claro que en aquellas fotografías Kitty Flowers no aparecía haciendo el amor con un sujeto. Ni siquiera desnuda. Era muy pudorosa: los desnudos los dejaba para el cine. En su vida privada, era intachable... Bueno, casi intachable, porque lo seguro era que el tipo que estaba con ella gozando de la vida no era su marido Malcom Sangster, el marido de la famosísima Kitty Flowers, era casi tan conocido como esta, pues era al mismo tiempo su representante, y aparecía con ella con muchísima frecuencia. Malcom Sangster era alto, grueso, pelirrojo, pecoso, velludo...

Y el hombre que estaba con Kitty Flowers aquella tarde no era así, sino más bien delgado, de cabellos oscuros con algunas canas, piel blanca,

cuerpo lampiño... ¡Ni en sueños se parecía al marido de la actriz!

Cli-clic, primera foto.

Y la acalorada pareja sin enterarse, claro.

Cli-clic, cli-clic, cli-clic, tres fotos más, en rápida sucesión. Fantástico.

Pero tenía que conseguir fotografiar el rostro de aquel afortunado mortal que se estaba solazando nada menos que con la bellísima Kitty Flowers. ¡Tenía que conseguirlo, fuese como fuese!

Joe Masters disparó todavía cuatro fotografías más. Luego, miró a derecha e izquierda, buscando un ángulo desde el que pudiera fotografiar de nuevo a la pareja, pero de modo que se viera la cara del hombre. La de Kitty Flowers ya la tenía. ¡Fantástico!

Se decidió por otro arbusto de flores, unos quince metros a su derecha, más cerca de la piscina. Era un punto arriesgado, porque podía ser visto desde la casa, pero no tenía más remedio si quería conseguir aquella foto. Así que retrocedió por entre arbustos de flores y se deslizó luego hacia el nuevo asentamiento elegido. Llegó allá reptando, arañándose el desnudo pecho con la tierra y algunas ramas. ¡No importaba! ¡Aquella foto...!

Llegó al nuevo punto de disparo, y casi lanzó un grito de alegría. ¡Aquel lugar era mejor que el anterior, sin duda alguna! Y no solo veía ahora el rostro del hombre, como una mancha reluciente al sol de la tarde, sino que se veía todavía mejor el de la propia Kitty Flowers. Y todavía se veía mejor la piscina, y la casa, y...

No perdió más tiempo.

Cli-clic, cli-clic, cli-clic...

¡Eran unas fotografías que valían una fortuna!

Todavía tomó varias más, como enfebrecido. Y se disponía ya a retirarse, reptando de nuevo, cuando se dio cuenta de que la pareja estaba terminando su... labor. ¡Jamás en su vida había tenido tanta suerte!

Cli-clic, cli-clic, cli-clic...

Se volvió loco disparando la cámara, hasta que agotó la carga. ¡Qué barbaridad! Bajó la cámara, y miró a la pareja, que acababan de terminar su estupendo cometido vital. Vio perfectamente el rostro de Kitty Flowers, sonriendo al sujeto. ¡Ah, si a él le sonriese del mismo modo la hermosísima Kitty...! ¡Los hay con suerte, maldita sea!

Kitty Flowers dijo algo, suavemente. Su voz llegó como un murmullo a oídos de Joe Masters, fotógrafo. Luego la voz del hombre, más grave, más potente, menos agradable, por supuesto. No entendía la conversación, solo oía las voces, que llegaban como flotando en la calma bochornosa de la tarde estival. Era como si estuviesen en un mundo aparte, en un paraíso privado.

Solo que aquel paraíso era propiedad de Kitty Flowers, y si ella se enteraba de que alguien estaba allí, ese alguien lo iba a pasar muy mal. Nadie ignoraba que Kitty Flowers defendía furiosamente su vida íntima...

¡y con razón, claro! A fin de cuentas, no era cosa apropiada para la publicidad aquello de obsequiar al marido con una sensacional cornamenta. ¡Pobre Malcom Sangster! Pero, claro, cuando uno se casa con una belleza así corre esta clase de riesgos. Es demasiada pretensión la de querer a una mujer como Kitty Flowers para uno solo... ¡Demasiada!

«Tengo que largarme de aquí», se dijo Joe Masters.

Comenzó a retroceder, si bien, a decir verdad, sin demasiadas precauciones. Ciertó que Kitty Flowers disponía de algunos guardaespaldas, pero no era probable que estuviesen allí en momentos como el presente. Debía haberles dado fiesta, claro... Sí, seguramente estaban solos en la casa Kitty Flowers y su afortunado amator...

La rama de un arbusto crujió tras Joe Masters, que retrocedía reptando de espaldas. Inmediatamente, las voces de la actriz y de su visitante dejaron de oírse. Pero solo durante un par de segundos. Luego se oyó la voz de Kitty, en una pregunta. Joe no la entendió, pero captó perfectamente su significado. Era algo así como: «¿Qué ha sido eso?»

Retrocedió más rápidamente, con tan mala pero lógica consecuencia de que todavía hizo más ruido.

Entonces sí oyó nítidamente la voz y las palabras de la apasionada actriz cinematográfica.

—¡Niño, Terry! —llamó—. ¡Hay alguien en el jardín!

Joe Masters se puso en pie de un salto, mascullando:

—La madre que te parió...

Dio la vuelta, y echó a correr hacia la playa. Por detrás de él lejanas, oyó voces de hombre. Todavía corrió más, lo que no era precisamente un placer, pues iba descalzo. En definitiva, toda la indumentaria que llevaba Joe Masters era un reducido bañador. Las aletas de goma y la lente submarina y el tubo habían quedado en el pequeño bote hinchable con el que había llegado a la pequeña y casi inaccesible cala. Casi inaccesible, porque Joe la había escalado minutos antes; sabía que por la playa conseguiría desembarcar para llegar luego al jardín de la villa de Kitty Flowers.

Sujetando fuertemente la cámara fotográfica, Joe corría y corría. Pronto vio la playa; la pequeña playa privada de Kitty Flowers. Entonces, se desvió hacia la derecha, alcanzó el grupo de pinos cercanos a la cala, y, segundos después, jadeando, se detenía en el borde del pequeño acantilado. La altura era de poco más de diez metros desde el borde hasta la superficie del agua. Nada del otro mundo, pero terrible para Joe, que no era nada especial en saltos. Ni siquiera nadando.

Pero, al volver la cabeza, divisó por entre los pinos las formas de dos corpulentos sujetos corriendo hacia el lugar donde él se hallaba. No tenía tiempo de descender tal como había subido, agarrándose a las rocas, de modo que se resignó. Sujetó contra su pecho la cámara fotográfica, con un

brazo, y, con la otra mano, se apretó las fosas nasales.

Acto seguido, saltó, impulsándose lejos de donde estaba su pequeño bote hinchable.

El encontronazo con el agua fue tremendo, pero lo resistió. Una experiencia más. En cuanto a la cámara y las fotografías, no dejó de apretarlas contra su pecho. No tendría ningún problema al respecto, ya que la cámara era hermética, especial, pues Joe Masters era gato viejo en aquello de conseguir fotografías contra viento y marea. Era, según se decía de él, el fotógrafo más audaz y descarado del mundo. Si alguien quería una determinada fotografía que no parecía posible conseguir, todo lo que tenía que hacer era contratar a Joe Masters. Sus servicios eran caros, eso sí, pero conseguía la fotografía en cuestión...

Salió a la superficie, resoplando, y enseguida miró hacia el borde del pequeño acantilado. Todavía no habían llegado allí los dos gorilas de Kitty Flowers. Nadó hacia el bote, tiró dentro la cámara (el teleobjetivo sí que se había fastidiado), y se encaramó al bote. Empuñó el ancho canaleta, y comenzó a remar a toda prisa alejándose de la costa. No lejos de allí, en una ensenada más amplia, y totalmente fuera de la vista desde las posesiones de la Flowers, Joe había dejado su balandro. Todo lo que tenía que hacer era llegar a él, subir a borde y zarpar a toda máquina... Nada de velas. ¡A motor!

Oyó gritos tras él, y volvió la cabeza. Le pareció que se le ponían los pelos de punta al ver a los dos hombres en el borde del acantilado. No por los dos hombres en sí, sino por lo que uno de ellos sostenía en una mano. El sol se reflejó en algo alargado y metálico, que Joe identificó enseguida: el cañón de un rifle, o una carabina... ¡Cielos, no se atreverían a disparar!

Cuando sonó el primer estampido del rifle, Joe Masters dio tal brinco que estuvo a punto de caer del pequeño bote. Volvió de nuevo la cabeza, demudado el rostro. Une de los dos sujetos, el que disparaba, estaba bien plantado en el borde del acantilado, mientras el otro corría, siguiendo el contorno de la costa.

¡Crack, crack...!, restallaron dos disparos más. Las balas hicieron un extraño «¡gluk!» al hundirse en el agua, cerca de las posaderas de Joe Masters, cuyos músculos, ya de por sí notables, estaban trabajando al máximo rendimiento. El pequeño bote parecía volar sobre las azules aguas, los músculos de Joe se hinchaban bajo el sol como si la piel fuese a reventar sobre ellos.

«¡Gluk, gluk, gluk!», se hundieron cerca de él otras tres balas, mientras los estampidos atronaban el espacio azulado.

Y de pronto, cuando estaba a punto de alcanzar la punta rocosa que, una vez rebasada, le ocultaría a la vista y por tanto a los disparos del gorila de Kitty Flowers, Masters oyó un sonido diferente a continuación del disparo:

«¡Fffssssshh...!»

El bote hizo un movimiento extraño, como si de pronto fuese propulsado por una gran fuerza, pero inmediatamente perdió velocidad, se arrugó, se retorció. En un instante, el bote y todo su contenido desapareció de la vista de Joe Masters, hacia las profundas aguas de la cala.

—¡Mi cám...! —empezó a chillar Joe.

Una bocanada de agua pasó directamente a su estómago, ahogando su voz. Braceó rabiosamente para sostenerse, y miró con ojos desorbitados la mancha oscura de su bote, hundiéndose, hundiéndose...

Barbotando maldiciones, Joe Masters nadó a toda prisa hacia donde veía ahora su balandro, ya doblada la punta rocosa. Sabía que era inútil intentar recuperar la cámara fotográfica, pues allá había treinta y cincuenta metros de profundidad, y él no había bajado jamás de seis u ocho.

Nadando con la rabia de la pérdida, llegó a su balandro, anclado a unos doscientos metros, en casi cinco minutos. Una marca de lo más birria, sin duda, pero así es la vida. No se puede ser todo en la vida. A buen seguro que Mark Spitz, por ejemplo, no tenía ni puta idea de cómo conseguir fotografías sensacionales. Paciencia.

Llegó al balandro derrengado, y se agarró a la cadena del ancla. Jadeando, se volvió a mirar hacia la costa. Allí, iluminados por el sol, vio a los dos hombres, de nuevo juntos. Y su presencia le dio ánimos. Subió a bordo utilizando la cadena, cayó en cubierta como muerto, y, por entre sus jadeos, todavía oyó un par de disparos.

—La madre... que os... parió...

Corrió tambaleándose hacia los mandos, apretó el de elevación del ancla, y dio el encendido de los motores gemelos. Casi siempre navegaba a vela, pues era mucho más divertido y deportivo, pero para algo tenía los motetes su balandro: para utilizarlos cuando fuesen necesarios.

La embarcación comenzó a navegar todavía arrastrando el ancla, que continuaba subiéndole merced al mecanismo que funcionaba eléctricamente.

Joe Masters se volvió en la cabina, vio en la costa a los dos sujetos, y, de pronto, se volvió hacia ellos y les hizo un furiosísimo corte de mangas que casi le dislocó el codo.

—¡A tomar por tal, cabrones! —aulló.

Luego, jadeante y rabioso, dedicó su atención a los mandos: tenía más de treinta millas hasta su embarcadero en la costa californiana, en Santa Mónica.

Todavía volvió la cabeza varias veces, pensando que quizá los gorilas de Kitty Flowers hubieran decidido perseguirle con el yate de esta, el famoso Salambo, pero no era así. Quizá porque tras ver su balandro, el velocísimo Shark, habían comprendido que jamás lo alcanzarían.

Pero, a fin de cuentas, ¿para qué perseguirlo? ¡Había perdido la cámara

y las fotografías...!

* * *

Edna Hurst, la directora de la revista femenina *Sweet Woman*, soltó una cristalina carcajada, sin dejar de mirar a Joe, que ahora, casi a las diez de la noche, estaba impecable con su smoking blanco, sosteniendo en una manaza un canapé de caviar.

—¿Qué pasa? —gruñó Joe—. ¿No me crees?

—¡Pero, hombre, claro que sí! —exclamó Edna—. ¡Si tú dices que conseguiste esas fotos, es que las conseguiste! ¿Cómo voy a dudar de tu palabra? Me río por lo otro: ¡menudo susto te dieron, amiguito! ¿O no?

Joe frunció el ceño, mirando hoscamente a Edna Hurst. Era una pelirroja sensacional, de unos treinta y cinco años. En la flor de la vida. Bellísima. Elegantísima. Preciosa. Edna y Joe se hacían mutuos favores. Él le conseguía fotos sensacionales para su revista, y ella se las pagaba espléndidamente. Y también se habían hecho otra clase de favores, mucho más placenteros para los dos. A sus veintiocho años, Joe Masters sabía apreciar las calidades y cualidades de una mujer como Edna, y, sin duda, ella sabía valorar no menos adecuadamente la energía masculina del apuesto Joe.

El cual, de pronto, sonrió, y se llevó la mano libre a la garganta, diciendo:

—La verdad es que me los pusieron aquí.

—¿Lo ves? —volvió a reír ella—. Pero bueno, tú ya estás acostumbrado a esas cosas, ¿no es así?

—Hombre... La verdad es que es la primera vez que me disparan con un rifle.

—Siempre hay una primera vez —sentenció Edna—, y todo lo que nos ocurre nos sirve de experiencia.

—Pues preferiría no haber tenido esta experiencia —masculló Joe—. Bueno, ¿y a qué se debe la fiesta? Vengo aquí a cobijarme en tu amorosa comprensión y me encuentro con esta orgía... ¿Cuál es el motivo?

Movió la cabeza hacia el centro del salón, donde los invitados de Edna Hurst charlaban, bailaban, reían, bebían champaña y consumían canapés de caviar, salmón, y otras bagatelas.

—No es una orgía —reprenió cariñosamente Edna—. Es solo una reunión amistosa. Si te has fijado, habrás visto que todos los invitados pertenecen al personal de la revista.

—Sí, sí, me he fijado. Pero ¿qué pasa?

—Bueno, querido, he conseguido... ¡Oh, Joe, cómete ese canapé de una vez, por favor!

—¿Eh...? Ah, sí. Y beberé champaña —Joe se tragó el canapé de un

mordisco, pasó un brazo por los hombros de Edna, y la llevó hacia el bufet donde se servía el champaña y demás bebidas—. ¿Por qué es la fiesta?

—He conseguido unas cuantas acciones de la revista, que, sumadas a las que ya tenía, me han colocado en una posición de privilegio... Joe: a partir del día 1 de setiembre seré la presidenta del consejo de administración.

—¡Fiuuu...! —silbó Joe—. ¡Caracoles, Edna, eso sí es un buen paso!

—Sí, lo es. A partir de ahora, como presidenta y directora artística, podré hacer lo que me dé la gana. Es decir, que se acabaron las tonterías. Pienso convertir *Sweet Woman* en una revista de... impacto. Ya sabes que, hasta ahora, esas cuantas ancianas propietarias de la mayoría de las acciones no permitían ciertos artículos y fotografías en la revista...

—¡Carcamales de los demonios! ¡Momias!

—¡Exacto! —rio de nuevo Edna—. ¡Viejas momias! Pero eso se acabó. Lo que significa que si hasta ahora no habría podido publicar en *Sweet Woman* esas fotografías que tomaste, a partir de setiembre sí podría hacerlo. Podría y querría, ¿comprendes? ¡Es una lástima que las hayas perdido! Te las habría pagado muy bien, Joe.

—Maldita sea mi suerte... ¡Oye...! ¡Champán francés, tú!

—¿Cuál, si no, para semejante acontecimiento de mi vida?

—Pues, hija, si por esto derrochas champán francés me pregunto a qué invitarás cuando te cases.

—¿Casarme yo? ¿Por qué habría de hacer semejante cosa?

—Mujer... Es lo normal, ¿no?

—¡Qué tontería! ¿Y... con quién podría casarme?

—Conmigo por ejemplo.

Edna se quedó mirando fijamente a Joe mientras este bebía un sorbo de champán, mirándola a su vez por encima de la copa.

—Bueno, Joe, me imagino que no hablas en serio, querido, pero de todos modos, gracias.

—¿No quieres casarte conmigo?

—¡No! —rio Edna.

—¿Ni siquiera... esta noche... privadamente?

—Nada de bodas —movió un dedito Edna—; pero, querido Joe, si realmente te sientes solo esta noche...

—Solísimo —asintió Joe—. Además, se me ocurre que quizá te agradaría terminar la fiesta de celebración con un buen combate sexual conmigo. O sea, que si quieres me quedo... después que se hayan ido todos.

—¿Sabes lo que más me gusta de ti, Joe? —murmuró Edna, con los ojos brillantes.

—Que soy guapo.

—No.

—¿Simpático?

—No.

—Mmm... ¿El mejor fotógrafo ladrón del mundo?

—No. Lo que más me gusta de ti es que tienes... como un sexto sentido que te hace comprender siempre con exactitud qué es lo que una mujer está deseando en un momento dado.

—O sea, que me quedo.

—Hasta que tú quieras —suspiró Edna.

CAPÍTULO II

Se quedó hasta las seis de la mañana, es decir, hasta poco después de la salida del sol, que era el momento del día en que habitualmente solía despertar Joe ocurriese lo que ocurriese. Junto a él, desnuda completamente, Edna Hurst dormía, bellísima, con la placidez y sosiego de todos los deseos satisfechos. Joe estuvo mirando sus encantos durante unos minutos. Sí, señor, Edna tenía un cuerpo sensacional, unos pechos preciosos, una boca jugosa, un...

Se fue sin despertarla. Empujó su motocicleta en silencio hasta que estuvo seguro de que el estruendo del motor no la despertaría, la puso en marcha entonces, y saltó al sillín. Así era Joe Masters: vestía de smoking y se presentaba a una fiesta en motocicleta.

Veinte minutos más tarde, la detenía en el embarcadero, cerca del Shark, su amado balandro, donde vivía. Con un barco y una motocicleta, Joe Masters no necesitaba más: podía desplazarse a cualquier lugar del interior del país, o recorrer toda la costa oeste. Y si le daba la gana, se bajaba hasta Panamá, cruzaba el Caribe, y se presentaba en Nueva York en el Shark. Todo lo que necesitaba Joe Masters para desplazarse era un encargo de unas fotografías especiales, o, como había sido el caso de Kitty Flowers, una iniciativa propia en momentos de aburrimiento.

Nada más poner los pies en la cubierta de su Shark, supo que algo ocurría en su amado balandro. Era algo que podía «oler». Y enseguida, ver. Vio la puerta de acceso al interior entornada, y la cerradura arrancada, colgando.

Durante unos segundos, no se movió. Su mirada, entre atónita y furiosa, permaneció fija en la cerradura. La había puesto por dos motivos básicos. Uno, que de cuando en cuando, aprovechando su benevolencia, se había encontrado más de una vez personas desconocidas dentro del barco; por nada malo: solo estaba durmiendo, o, como aquella vez el par de jovencitos, haciendo alegremente el amor. El segundo motivo sí era malo: en cierta ocasión le robaron todo su equipo fotográfico, lo que no fue ninguna broma, pues entre unas cosas y otras le había costado años reunirlos y, además, estaba valorado en más de cincuenta mil dólares. Esto sí le irritó, de modo que puso la cerradura.

Y ahora la estaba viendo arrancada.

Muy bien. Si le habían robado de nuevo, él buscaría al ladrón, y le iba a dejar la cara como un excremento a base de tortazos. ¡Esta vez lo haría!

Empujó la puerta, accediendo al interior del barco... y se quedó mirando

a la muchacha.

Era una preciosidad.

Rubia, rubia, rubia... Como el sol. Bellísima. Grandes ojos azules, boca sonrosada, naricilla orgullosa. Vestía muy bien. Tenía unas piernas sensacionales y un busto bien definido por el ligero vestido de verano, digno de cualquier locura. El escote permitía ver buena parte de unos senos rotundos, turgentes, bronceados por el sol.

Estaba sentada en lo que Joe llamaba pomposamente su «chaise-lorigas pour faire l'amour», y que era simplemente un viejo diván corrido bajo el ventanal. El sol llegaba por detrás de ella, y parecía convertir en hilos dorados sus bonitos cabellos.

Joe Masters miró su reloj de pulsera. Eran apenas las siete de la mañana. Luego miró a la muchacha, con expresión admirativa.

—Caracoles —dijo—, ¡es usted una vendedora excepcional!

La muchacha mostró desconcierto en su, hasta entonces, sonriente expresión.

—¿Una vendedora? —dijo con dulce voz.

—¿No vende usted enciclopedias?

—No... ¡Claro que no!

—Ah. Pues entonces no me explico qué hace en mi casa, jovencita. Solo una vendedora de enciclopedias sería capaz de cometer allanamiento de morada con tal de vender una.

—No he venido a vender, señor Masters, sino a comprar.

Joeladeó la cabeza. ¿Señor Masters? Bueno, si ella sabía su nombre significaba que había examinado la documentación del balandro. Chica lista. Y guapa. Y joven... ¿Veinticinco...? Quizá un par menos. Desde luego, Joe no la conocía.

—¿Qué es lo que quiere comprar? —murmuró.

—Fotografías. Concretamente, las que tomó usted ayer por la tarde en la isla de Santa Catalina... ¿Me comprende?

—Sí. Pero ya que está aquí, ha podido robarlas de mi estudio, ¿no cree?

—No las he encontrado. De modo que he deducido que usted las reveló anoche mismo... y que las ha vendido. Si es así, podemos recuperarlas. No importa el precio. También tendrá que darme los negativos, claro está. ¿Dónde los tiene escondidos? En su estudio no están.

Joe Masters apretó los labios un instante. Luego, sin contestar, cruzó el pequeño saloncito del barco, y se dirigió por el pasillo hacia el camarote que hacía tiempo había destinado a estudio y laboratorio. La puerta de este también estaba abierta. Joe la empujó.

Y cuando vio en qué estado había quedado su laboratorio, palideció.

Se lo habían llevado todo, y lo que quedaba estaba completamente destrozado. Era el desastre. La ruina. No por dinero, pues Joe tenía una buena cuenta bancaria, sino profesionalmente. Habían convertido en

compro un lugar de trabajo que le había llevado años montar y organizar. Le habían robado, le habían destrozado, habían allanado su morada, le habían...

Sobre un estante que, milagrosamente, permanecía en su sitio, vio la vieja armónica. Era lo único que habían dejado. La tomó, y sopló en ella. Funcionaba. Bueno, algo era algo. Sentía bullir en su pecho tal ira que decidió seguir tocando un poco la armónica. Bueno, si volvía en aquel momento junto a la muchacha rubia podía cometer cualquier disparate con ella.

Y todo por unas fotografías que no tenía... pero que la chica creía que sí tenía. Es decir, que los dos gorilas no habían visto o comprendido que la cámara se había ido al fondo del mar. Creían que él tenía las fotografías.

Muy bien.

Dejó de tocar la armónica, regresó al saloncito, y se sentó en un taburete frente a la muchacha, que le contemplaba con cierta expectación, pero no asustada. No demasiado, al menos. Joe guardó la armónica en el bolsillo de su elegante smoking blanco, sacó cigarrillos, y encendió uno.

—Es usted muy madrugadora —susurró.

—¡Qué va...! Esto es todo un sacrificio para mí, se lo aseguro. ¿No tengo cara de sueño?

—No. Tiene una preciosa carita de ángel... ¿Le gustaría que yo se la rompiera?

—Me parece que no —sonrió la muchacha.

—Pues ya puede ir preparando cien mil dólares. Y si le parece que cien mil dólares es demasiado por un par de cerraduras y un laboratorio de fotógrafo profesional, puede asesorarse. Ya verá como le dicen que los vale.

—No vamos a regatear, señor Masters. De acuerdo, cien mil dólares. Pero solo le pagaré si en el lote van incluidas las fotografías que he venido a buscar. ¿Dónde están? ¿A quién se las ha vendido?

—A unas monjas.

La muchacha respingó. Luego sonrió de nuevo, forzosamente.

—Tiene usted sentido del humor... pero, señor Masters, yo no estoy aquí para escuchar chistes. Mire, no fue fácil localizarle, así que...

—Por cierto; ¿cómo lo consiguió?

—Por medio del nombre de su barco. Los empleados de casa pudieron ver el nombre. Hemos estado toda la noche haciendo gestiones para encontrarlo rápidamente. Y hace más de dos horas que le estoy esperando. ¿Estaría usted... con las monjas?

—No precisamente —sonrió Joe—. Veamos; ¿quién es usted?

—Evelyn Sangster

—Ah, Evelyn Sag... ¿Sangster? ¿Es pariente de Malcom Sangster?

—Soy su hija, señor Masters. Dicho de otro modo, soy la hijastra de

Kitty Flowers.

—Entiendo. Es decir, no, no lo entiendo.

—Lo entenderá enseguida. Usted es de esa clase de seres despreciables que medra en los asuntos íntimos de otras personas, y ayer consiguió unas fotografías... personales que yo deseo recuperar. Se las pagaré bien, muy bien, siempre y cuando consigamos impedir que se publiquen, naturalmente. Y para que acabe de entenderlo le diré que estoy dispuesta a pagar cualquier precio con tal de que mi padre no se entere de las... porquerías de mi madrastra. ¿Lo entiende usted ahora, señor Masters?

—Desde luego. Ciertamente, para cualquier marido sería un duro golpe ver esas fotografías de su esposa publicadas. Sí, me hago cargo perfectamente. Y también comprende que es usted una buena hija, señorita Sangster.

—No me interesan sus elogios. Solo las fotografías. Para mí, todo esto es espantoso... y repugnante, pero no tengo más remedio que hacerlo. Amo a mi padre, y quiero evitarle disgustos.

—Su padre debe tener unos cincuenta años, ¿no?

—Cincuenta y cinco —se desconcertó Evelyn—. ¿Por qué?

—Porque a esa edad, un hombre ya debería comprender que casarse con una mujer como Kitty Flowers es todo un riesgo en determinados aspectos. Debí conformarse con seguir siendo representante de ella... y gozar de cuando en cuando de sus favores. Pretender acaparar a una mujer como la Flowers es de iluso. Ella se casó con él porque le convenía, eso está y estuvo claro, pero él no debió...

—¿Pretende usted dirigir la vida de mi padre?

—Realmente, no. Sería una tontería. Pero si no se hubiese casado con Kitty, ahora no tendría una cornamenta tremenda.

—Señor Masters, esta conversación es innecesaria y desagradable. Quiero esas fotos. ¿Cuánto pide por ellas?

—Yo muy bien podría vendérselas y luego, de todos modos, ir diciendo por ahí lo que vi en el jardín de la villa de Kitty Flowers.

—¿Por qué habrían de creerle?

—Ya. Claro, tiene razón.

—¿Cuánto señor Masters?

—¿Cuánto ofrece?

—Pida usted.

—Mmm... ¿Doscientos cincuenta mil dólares, por todo?

—De acuerdo. Deme las fotos.

—Espere un momento... Lo he pensado mejor: quiero quinientos mil dólares.

Evelyn Sangster aspiró profundamente. Tomó el bolso que había dejado junto a ella, lo abrió, y sacó un talonario de cheques.

—Muy bien —susurró—: quinientos mil. ¿Y las fotos?

Joe Masters entornó los párpados. ¿Medio millón de dólares por unas fotografías? Claro que eran unas fotografías de lo más interesantes, pero... ¡medio millón de dólares!

—No las tengo aquí —murmuró.

—¿Dónde están?

—En otro sitio.

—Pues vamos a buscarlas ahora mismo.

—Bueno, no es tan fácil...

—Mucho me temo que estén ya en prensa, o como se diga. Es muy propio de gente como usted: conseguir dinero sea como sea. Y eso es lo que yo le estoy ofreciendo. No creo que le hayan pagado medio millón por ellas, ¿verdad?

—No, desde luego; jamás he conseguido ese precio por ninguna colección de fotografías, lo admito.

—Pues no desaproveche la oportunidad. ¿Vamos?

Evelyn se puso en pie. Joe permaneció sentado, fumando. Quinientos mil dólares por unas fotografías. Mucho amor de hija era ese. Claro que Kitty Flowers tenía muy buena fama de esposa fiel, y aquellas fotografías podrían perjudicarla muchísimo en todos los aspectos... Claro que su marido, Malcom Sangster, podía llevarse un disgusto de muerte con esas fotografías... Pero ¡medio millón de dólares!

—Lo haremos de otro modo —susurró Joe—; yo iré solo a buscar las fotografías, y, cuando las recupere, se las llevaré a Santa Catalina. ¿O prefiere que vaya a su casa de Bel Air?

—No prefiero nada de eso. Quiero las fotos ahora. Iremos los dos. Y lo recogeremos todo. Ahora, señor Masters.

—No. Lo siento, pero no.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—Comprendo sus intenciones. Quiere venderme las fotografías, y posiblemente incluso les negativos... pero después de haberse quedado unas copias, que, naturalmente, podría reproducir. No, señor Masters: ahora, los dos juntos.

—La compañía de una chica tan preciosa como usted es muy agradable —sonrió Joe—, pero haremos las cosas a mi manera... o no las haremos de ninguna.

—Usted —dijo una voz masculina tras Joe— hará lo que la señorita le dice, Masters.

Este giró la cabeza. Vio a los dos hombres. Cada uno de ellos empuñaba una pistola, que, por supuesto, impresionaron a Joe. Vagamente, recordó los rostros de los dos hombres.

—Ustedes son los cabritos que me tirotearon, ¿verdad? Y además, claro, los causantes de todo este destrozo, que una chica tan delicada no podría

llevar a cabo. ¿Les gustó mi corte de mangas?

Los dos hombres se adelantaron, amenazadores. Pero Evelyn se apresuró a contenerlos.

—No, Terry, Niño... Por favor.

—Eso —dijo Joe—. Por favor, muchachos. Además, si me matasen, ¿cómo encontrarían las fotografías antes de que fuesen publicadas? Y entonces, ya nada tendría remedio. ¿Verdad, señorita Sangster?

—Salga de esta cáscara de nuez —masculló Niño—. Nos reuniremos con usted dentro de unos minutos, señorita. Y ya verá como el señor Masters acepta llevarnos a donde están las fotografías.

—No lo haré —dijo Joe.

—Salga, por favor, señorita —dijo también Terry

Evelyn Sangster miró dubitativa a los dos hombres, y luego de nuevo a Joe.

—Es absurdo que usted se arriesgue de este modo, señor Masters.

—Oh, no se preocupe por mí; sabemos que no van a matarme.

—Cierto que no —dijo Terry, guardando su pistola—. No lo vamos a matar, amigo, pero quizá eso le resultaría menos doloroso. Espérenos en el yate, señorita.

De nuevo vaciló Evelyn. Pero otra mirada de Joe le hizo comprender que este era un terco de primera categoría. No dijo nada más; simplemente, salió del saloncito. Niño guardó también su pistola, y se desabrochó meticulosamente la chaqueta. Terry lo imitó. Joe dejó la colilla del cigarrillo en un cenicero de pie, y se incorporó.

—Con su permiso —dijo—, ya también voy a ponerme en condiciones para el juego.

Comenzó a quitarse la chaqueta. Terry saltó rápidamente hacia él, dispuesto a golpearle en el estómago aprovechando la clara oportunidad, la inferioridad de Joe, con la chaqueta trabando sus brazos.

Tal oportunidad no lo era.

Joe Masters alzó la pierna derecha, propinando a Terry tal patadón en los testículos que el hombre lanzó un berrido, palideció, y cayó encogido, desencajado el rostro, desorbitados los ojos. Niño lanzó una exclamación de sorpresa y furia, y se adelantó a su vez hacia Joe, blandiendo los puños...

La chaqueta del smoking salió disparada hacia Niño, dio de lleno en el rostro, como envolviéndolo, y, mientras Niño intentaba quitarse la prenda a manotazos, Joe se le acercó, y le hundió el puño en el estómago con una violencia tremenda. Pareció que su brazo se hundiese hasta el codo en el estómago de Niño, que se dobló hacia delante. Se podía temer la siguiente reacción de Niño, pero esta no llegó: quedó como colgado del puño de Joe, doblado. Este bajó el brazo, y el gorila rodó por el suelo, sin sentido. Joe le quitó la chaqueta del rostro, la sacudió, la alizó, se la puso de nuevo... y se

volvió a mirar a Terry, que estaba reaccionando, intentando ponerse en pie mientras metía la mano bajo la chaqueta, en busca de la pistola. Joe Masters se acercó a él, lo fulminó con un puntapié en la barbilla. Terry ya no se movió.

—Me habéis decepcionado —movió la cabeza Joe Masters—. Al parecer, sin armas no valéis gran cosa.

Les quitó las pistolas, y las escondió bajo el diván. Luego agarró a Niño por el cuello de la chaqueta, y tiró de él. Cuando salió a cubierta arrastrándolo, vio a Evelyn Sangster en el embarcadero, mirándolo con expresión desorbitada.

—¡Hola, Evelyn! —saludó alegremente Joe—. ¡Será mejor que vaya a por su yate, pues va a necesitarlo!

Alzó a Niño por encima de la borda, y lo arrojó al agua. Medio minuto más tarde, hacía lo mismo con Terry, que, como su compañero, reaccionó al contacto con el agua. Desde la borda, Joe los miró, sonriendo ceñudamente.

—Gracias por la visita, muchachos —gritó—. ¡Vuelvan cuando quieran!

El yate Salambo se acercó muy pronto a los dos hombres que se mantenía a flote cerca del Shark, y, desde la cubierta, Evelyn colocó la blanca escalerilla lateral. Mientras los dos hombres subían a bordo del Salambo, Joe Masters recurrió a la armónica, y comenzó a tocar alegremente *Gozad, gozad, muchachos, que la vida se acaba*.

Era lo menos que se merecían quienes habían ido a ofrecer los quinientos mil dólares.

* * *

—Quinientos mil dólares —susurró Edna Hurst—. ¡Eso es mucho dinero, Joe!

—¿Crees que es una fantasía mía?

—No... No, no. ¡De ninguna manera!

—Ah.

—Medio millón de dólares... Pero ¿qué clase de fotografías tomaste, si puede saberse?

—Pues más o menos las mismas que habrían podido tomar de nosotros dos esta noche en tu cama.

—Bueno —sonrió Edna—. ¡Serían unas fotografías estupendas!

—Sí, pero no valdrían medio millón. ¿O sí?

—Son puntos de vista. Lo que esa chica te explicó tiene sentido, naturalmente. Es mucho dinero, pero está de por medio la felicidad de su padre, por decirlo de algún modo. Y el buen nombre de la Flowers, que hasta ahora no se ha dedicado a esa clase de cosas... Saldrían muy perjudicados todos ellos si esas fotografías llegasen a publicarse. En

cambio, a mí me irían de maravilla.

—¿Quieres que tome unas fotos nuestras con mecanismo de tiempo? —ofreció Joe, sonriente.

—No. Me refiero a las fotos de Kitty Flowers con ese sujeto. ¡Si las publicase en el primer número de mi nuevo formato de setiembre, sería colosal para la revista, Joe!

—Lo supongo. Pero tú no me pagarías quinientos mil dólares por las fotos, querida. ¿O sí?

—Sabes que eso es imposible. Pero siempre hemos sido muy buenos amigos.

—Es cierto —asintió Joe—. Y ahora que recuerdo, anoche me invitaste a champán y caviar.

—Y no es la primera vez —rio Edna—. ¡Oh, Joe, sé que me entregarías a mí esas fotos, lo sé!

—¿Por qué estás tan segura? —se mosqueó Joe.

—Por varias razones. Una de ellas, que no te ha gustado lo que han hecho en tu balandro; sé cuánto quieres ese barco. Otra razón, podría ser la de que somos buenos amigos y nos queremos mucho. Otra, aún más íntima, que lo pasamos estupendamente juntos. Otra, que tú eres un fotógrafo profesional, uno de los mejores del mundo... y con esas fotografías escalarías muchos puestos. Ya tienes dinero, me tienes a mí para... pasarlo bien y simpáticamente. En cambio, estás enfadado con esa gente, y harías cualquier cosa con tal de fastidiarlos... ¿No es cierto?

—Más o menos. Más bien más que menos.

—¡Esas fotos...! Tenemos que intentar recuperarlas. ¿No se habrán estropeado en el fondo del mar?

—Eso no es problema. El problema está en los cuarenta o cincuenta metros que habría que bajar para buscar la cámara.

—Sí... ¡Espera! Podemos contratar a un buceador profesional. ¡Ellos pueden bajar a esa profundidad!

—Seguramente —parpadeó Joe—. Demonios, eso tuvo que ocurrírseme a mí.

—¿Lo ves? ¡Nos complementamos, querido! Escucha, yo me encargo de buscarte el buceador que... ¡Lo tengo! ¡Lo tengo, lo tengo! ¡Te enviaré a Clem Fisher!

—Está bien, no te excites tanto; podría darte una embolia. A propósito, Edna; ¿te he dicho ya que estás preciosa esta mañana?

—Oh, Joe, no es momento para bromas. ¡Tenemos que conseguir esas fotos de Kitty Flowers con ese sujeto que...! Un momento: ¿quién era él?

—¿El tipo que se tiraba a la Flowers? Ni idea.

—¿No le viste la cara?

—Sí, bastante bien, pero no me dijo nada. Claro que o no estaba para fijarme en él; esas cosas las hace mi cámara. Yo solo quería que él se

pusiera a tiro, se puso, y lo demás lo encargué a mi cámara con teleobjetivo... No te preocupes, que todo lo que sea digno de verse, lo veremos, si recuperamos las fotos, claro. Sea quien sea el tipo, lo veremos todo lo bien que queramos. Y seguramente, a él tampoco le gustará que publiquemos las fotos...

Se quedaron mirándose, en silencio, como absortos cada uno en una idea nueva. Pero, evidentemente, la misma idea, porque, de pronto, Edna movió la cabeza con un gesto preocupado.

—No sé si me gusta esto, Joe...

—Te comprendo. Según quién sea el tipo aún podríamos complicarnos más la vida, ¿no es eso?

—¿Seguro que no lo reconociste?

—No. Pero ya te digo que no me «fijé» en su cara. Solo quería que se pusiera a tiro de mi cámara, y, cuando fue así, comencé a tomar fotos. No me fijé bien, de veras.

—¿Y si fuese alguien verdaderamente importante?

—¿Cómo quién, por ejemplo? —gruñó Joe.

—No sé... Bueno, tú ya sabes lo que se ha llegado a publicar incluso de algún presidente de Estados Unidos: que si tenía como amantes a tales y tales estrellas de Hollywood, que si se veían en lugares sumamente discretos... ¡Imagínate que el hombre que estaba con la Flowers sea alguien así!

—¿El presidente de Estados Unidos? ¡Vamos, Edna...!

—Bueno, quizá no el presidente, claro... ¡Pero podría ser alguna persona lo bastante importante para amargarnos la vida si lo molestásemos!

—Lo oigo y no lo creo —Joe se hurgó en una oreja con el dedo meñique—. A ver: ¿estás diciéndome que tienes miedo de publicar unas fotografías auténticas, que no serían una difamación sino una información al público?

—¿Lo ves? —rio Edna—; ¡sabes decirle a una mujer lo que conviene en el momento justo! Así que te enviaré a Clem Fisher. Y será cuanto antes.

—Okay —repuso Joe se puso en pie—. Lo espero en casa.

CAPÍTULO III

Poco más tarde de las diez de la mañana la «casa» de Joe Masters retembló ligeramente, y el fotógrafo comprendió que alguien acababa de subir a cubierta. No podía ser nadie más que el sujeto llamado Clem Fisher, de modo que Joe gritó:

—¡Pase! ¡Le estoy esperando!

Continuó poniendo un poco de orden en el saloncito, hasta que oyó las pisadas tras él. Entonces se volvió, esbozando una sonrisa amable, cortés.

—Me alegra que Edna...

No dijo nada más. Parpadeó, lentamente.

No era Clem Fisher

Era una mujer. Y si la anterior visita a su balandro había sido bellísima, en rubia, la presente era sensacional, en morena. No importaba que la muchacha vistiese unos viejos tejanos, una blusa descolorida, y calzase unas más que veteranas zapatillas deportivas; ni que sus ricitos encantadores le diesen un cierto aire de descuido, por otra parte vital y alegre... Se pusiera como se pusiera, era una chica. Grandes ojos oscuros, boca plena y roja, barbilla redonda con un hoyuelo. Tenía unos pechos formidables, plenos, pujantes. Una maravilla.

—¿Señor Masters? —preguntó ella, con voz angelical.

Joe Masters reaccionó.

—¿Adónde vas, Caperucita? —preguntó—. ¿A ver a la abuelita?

La muchacha sonrió.

—Así es. Pero no le traigo una jarrita de miel. ¿Es usted la abuelita... digo el señor Masters?

—¿Yo? No, no; ¡yo soy el lobo!

—Huy, qué miedo —abrió mucho los ojos la muchacha—. ¿Va a comerme?

—De buena gana, hijita. Veamos, ¿para qué me buscas? Lo que quiero decir es que, en efecto, yo soy Joe Masters.

—Yo soy Clem Fisher.

—Pues pareces una mujer.

—Y a lo mejor lo soy.

—Sí, podría ser —Joe se acercó para mirar por el escote de la blusa—. Podría ser. ¿Clem Fisher? ¿De veras?

—Clementina Fisher.

—Clementina Fisher —gruñó Joe—. ¡Debí esperarme algo así de Edna! Siempre que puede recurre a personal femenino.

—Será porque le servimos tan bien como el personal masculino —sugirió amablemente Clem Fisher.

—Para algunas cosas, quizá —sonrió Joe—. Pero me parece que yo puedo hacer algo por Edna que tú no conseguirías nunca, Clem.

—¿Por ejemplo?

—Comerme su caviar y beberme su champán francés. Vamos a hablar en serio; ¿puedes bajar cincuenta metros?

—He llegado a bajar sesenta. Con equipo, claro, no a pulmón libre. Tengo mi equipo ahí fuera.

Joe recordó lo pesado de la llegada de la muchacha a bordo, y asintió.

—¿Cuánto cobras? —preguntó; y sonrió—. Por bucear, quiero decir.

—Ya me he puesto de acuerdo con Edna sobre el precio... por bucear, quiero decir.

—Estupendo. ¿Hay algún otro precio por alguna otra actividad tuya en el que podamos ponernos de acuerdo directamente tú y yo?

—Si le estoy interpretando bien, me parece que no, señor Masters. Oiga; ¿es necesario que diga tantas tonterías?

—Necesario, no, pero sí es lógico. Clem; eres tan bonita que me has dejado magullado el cerebro, de modo que si digo tonterías es lógico. ¿Estás de acuerdo?

La muchacha lo miró apreciativamente, sonriendo.

—Ya me advirtió Edna que tiene usted un pico de oro. Pero también el tiempo es oro, señor Masters. Me gustaría terminar el trabajo hoy mismo, si es posible. Y desde luego, hayamos encontrado o no su cámara, a la noche lo daremos por terminado; le he asegurado a mi marido que cenaría con él.

—¿A quién? —graznó Joe.

—A mi marido.

—Hoy no es mi día —Joe movió la cabeza—. De acuerdo, señora Fisher, zarparemos enseguida. Mire, no quiero parecerle pesado, pero cincuenta metros de profundidad...

—Señor Masters, ¿le gusta a usted que alguien le diga cómo ha de tomar una fotografía?

—Me revienta un horror —admitió Joe.

—Lo mismo me pasa a mí cuando se trata de bucear. Lo hago desde que tenía seis años.

—¿O sea que han transcurrido...?

—Dieciséis —rio Clem Fisher.

—Señora Fisher, tiene usted los más esplendorosos veintidós años que he visto en mi vida. Cuando esté cenando esta noche, díglele a su marido que lo odio. ¿Nos vamos ya? ¿O quiere un café?

—No quiero nada. Deje que yo cuide de mi estómago, señor Masters. Y de mi salud en general. ¿De acuerdo?

—Por supuesto.

—En ese caso, mientras navegamos, descansaré un rato. Ya me avisará cuando sea mi turno de trabajo.

* * *

—Señora Fisher...

Clem abrió los ojos, y los desvió enseguida hacia Joe, que se inclinaba sobre ella, relajada sobre una litera.

—No estaba dormida —dijo—. Solo descansaba. ¿Hemos llegado al sitio?

—No del todo. Pero no me parece prudente que nos acerquemos más. Tendrá usted que nadar una distancia suplementaria, bajo el agua. Es lo mejor para evitarnos problemas.

—Está bien —Clem se sentó en la litera.

Joe lo hizo a su lado, y extendió un grueso papel en el que la muchacha distinguió enseguida los dibujos cartográficos, hechos a mano.

—He dibujado un mapa que puede considerar prácticamente exacto —murmuró Joe—, y en él señalo el lugar donde se hundió mi bote, debido a... un pinchazo. Es un bote de algo menos de dos metros, de color corriente, esto es, color de goma, ¿comprende? Dentro del bote había un par de aletas de goma, lentes con tubo y una cámara fotográfica con teleobjetivo. Ignoro cuánto puede haber desplazado todo eso una posible marea de fondo, así que he calculado que deberá buscar usted por toda esta zona comprendida en el círculo. Naturalmente, lo único que me interesa de todo es la cámara.

—¿Tenía algún distintivo especial, algún color llamativo?

—Me temo que no —gruñó Joe—. Lo siento.

—No va a ser fácil, si realmente hay cincuenta metros. La oscuridad será considerable, de modo que tendré que utilizar linternas, y eso reducirá mucho mi campo visual. Por otra parte, la frialdad del agua a cincuenta metros se deja sentir pronto incluso llevando traje de goma... Le digo todo esto, señor Masters, para que comprenda usted que mis inmersiones no podrán ser demasiado prolongadas.

—Lo entiendo. Pero usted no debe preocuparse... Demonios, no se trata de que usted lo pase mal, sino de que haga lo más confortablemente posible su trabajo. Haga lo que tenga que hacer, simplemente, pero dentro siempre de la máxima seguridad.

—Es usted muy considerado, señor Masters.

—Caramba, no quisiera dejar ningún huerfanito. ¿Cuántos niños tiene?

—Solo dos.

—Ah, ya... La parejita, claro.

—Claro. Bien, voy a equiparme. No se vaya, señor Masters; tendrá que

ayudarme con el traje de goma.

—Con mucho gusto.

Clem Fisher había entrado el equipo cuando zarparon, de modo que lo tenía junto a la litera. Lo desempaquetó todo, y acto seguido se desnudó. Cuando la vio en pantaloncitos y sujetador, Joe Masters tragó saliva. Era una auténtica escultura morena, una belleza espléndida, de carnes tersas y elásticas. La piel parecía de seda...

...Y tenía unos pezones preciosos.

Joe se quedó mirándolos, patitieso, cuando, con toda naturalidad, Clem se quitó el sujetador, y los senos aparecieron, poderosos, vibrantes, firmes. Cuando Clem Fisher se quitó los pantaloncitos, Joe Masters no supo adonde mirar.

—Vamos, no sea bobo —dijo Clero—. Solo soy una mujer. ¿Acaso es la primera vez que ve una así?

—Pu... pues no... No, claro. Quiero decir, desnuda. Pero así de hermosa, sí, es la primera.

—Es usted muy amable, de veras. Y perdone si le he turbado un poco. Es que cuando me pongo el traje de goma cualquier cosa debajo me molesta mucho.

—Ah... ¡Aaah!

—Bien, procedamos.

—¿A qué?

—A ponerme el traje —rio Clem Fisher.

—Ah.

La ayudó. De cuando en cuando, inevitablemente, una mano de Joe Masters rozaba aquella morena piel que parecía de seda, pero la muchacha no concedió importancia alguna al hecho, que, por otra parte, era del todo involuntario. Minutos más tarde, los dos subían a cubierta, Joe cargado con los tubos de aire y el resto del equipo, y Clem Fisher examinando de nuevo el mapa. Desde cubierta, miró hacia la costa, y señaló una punta rocosa.

—Según el mapa, su bote se hundió cerca de aquella punta. ¿Voy bien, señor Masters?

—Sí. Y nos hemos detenido aquí porque no quiero que nadie pueda vernos desde el otro lado de esa punta. Señora Fisher, quiero que sepa que conseguir esa cámara no es lo más importante del mundo, de modo que, a la menor dificultad, simplemente regrese. ¿Está claro?

—No se preocupe.

Joe terminó de ayudarla, colocando a su espalda los dos tubos de aire. Clem se sentó en la borda, se colocó las aletas de goma, y, finalmente, se colgó del cuello la lente monocular. Señaló la linterna acuática.

—Tíremela cuando ya tenga la boquilla en la boca.

—Okay.

La muchacha se descolgó hasta el agua, se colocó los lentes, mordió la boquilla, y alzó la cabeza, haciendo un gesto. Joe le dejó caer la linterna, que ella atrapó al vuelo. Le hizo un gesto con una mano, y desapareció.

Durante unos cuantos metros, Joe pudo seguir la trayectoria de Clem Fisher gracias a las burbujas que iban saliendo a la superficie. Pronto dejó de verlas, debido a la distancia. No se sentía del todo tranquilo, así que decidió tomar unas mínimas precauciones: se proveyó de unos prismáticos para mirar hacia la costa, colocó en cubierta junto a él las pistolas de Niño y Terry, y encendió un cigarrillo.

Era todo lo que podía hacer.

* * *

No debían haber transcurrido ni cincuenta minutos cuando, mirando con los prismáticos, divisó en la superficie las burbujas, que se iban acercando.

—Vaya —masculló—. ¡Ya ha pillado frío! ¡Claro, esa tonta de Edna me envía una mujer...!

Frunció el ceño. No le gustaba ser injusto con nadie, y, por otro lado, se imaginó a sí mismo cincuenta minutos bajo el agua, a treinta, cuarenta o cincuenta metros de profundidad, a oscuras, solo con una linterna... No le quedó más remedio que admitir que Clem Fisher tenía agallas, y que seguramente él haría ya rato que habría salido... en el supuesto de que alguna vez en su vida fuese capaz de descender a semejante profundidad.

Miró hacia la costa. Nada. Ningún problema. Vegetación, mar, rocas... Eso era todo. Por supuesto, mientras esperaba habían pasado por allí varias embarcaciones, en su mayor parte deportivas, pero nada había sucedido.

Un par de minutos más tarde, ya asomado a la borda, vio aparecer el reluciente traje de goma. Es decir, lo divisó a cierta profundidad, prácticamente inmóvil. Ah, sí, la descompresión... Bueno, no tenía nada mejor que hacer que esperar.

Finalmente, Clem Fisher apareció en la superficie. Joe la ayudó a subir a bordo, y solo entonces, cuando la tuvo ante él, vio su cámara fotográfica, colgada del cinto de plomos por medio de un transparente hilo de nilón.

—Pero... ¡la ha encontrado! —aulló.

—Ayúdeme.

—¡La ha encontrado!

—No ha sido demasiado difícil. Pero, claro, ha requerido su tiempo.

Joe Masters no sabía qué más decir. Abría y cerraba la boca como máxima expresión de su pasmo, eso era todo. A un gesto de Clem, se apresuró a ayudarla a desprenderse de la carga de los tubos. Luego ella cortó con el cuchillo el hilo de nilón, y le tendió la cámara.

—Espero que haya servido de algo recuperarla —dijo.

Joe soltó un bufido. Clem se quitó el cinturón de plomos, las aletas de goma, el cubrecabezas... Ya solo con el traje de goma, señaló hacia el interior del balandro.

—Tendrá que volver a ayudarme, señor Masters.

—Con mucho gusto... ¡Y lo digo con la mayor honestidad!

Ella rio. Entraron. Solo entonces se dio cuenta Joe de que la muchacha temblaba ligeramente.

—Por todos los demonios... ¡Está tiritando: ¿A qué profundidad estaba la cámara?

—A unos treinta metros, pero claro, la estuve buscando por zonas más profundas. Normalmente, puedo estar incluso dos horas en el agua, pero me parece que he cogido algo de frío. ¿Tiene una manta?

—Una manta... ¡Claro!

Primero la ayudó a quitarse el traje de goma, tirando de él como si la estuviese despellejando. Cuando Clem estuvo desnuda, la envolvió con la manta. La muchacha se sentó en una litera, y lo miró, sonriendo satisfecha.

—Ahora sí que tomaría café —dijo.

—Café... ¡Café! ¡Soy un idiota! Lo preparo enseguida... ¿No sería mejor que saliese a cubierta? Hace un buen sol.

—Más tarde.

—De acuerdo.

Preparó no solo café, sino un abundante almuerzo para los dos. Ambos estaban satisfechos: Clem, porque había demostrado que era capaz de cumplir su trabajo, y Joe, lógicamente, por la recuperación de la cámara, y, por consiguiente, de las fotografías.

A medida que tomaba café mezclado con el almuerzo, el rostro de Clementina Fisher fue adquiriendo su sano color natural. Terminado el almuerzo, ya ella completamente normal, decidieron emprender el regreso. Ni siquiera eran las des de la tarde. A las cuatro como máximo podían estar de nuevo en Santa Mónica.

—O sea —dijo Joe—, que podrá cenar usted con su marido.

—Eso parece. Está usted muy contento con la recuperación de esas fotografías, señor Masters. ¿De qué son? ¿De platillos volantes, tal vez?

—Puede que sean de algo más sorprendente —sonrió él.

Minutos más tarde había recuperado el ancla, y emprendía el regreso. ¿Contento? ¡Estaba rabiando por llegar a tierra firme, para revelar las fotos! Ya que no podía hacerlo en su laboratorio, que había quedado totalmente inutilizado, tendría que ir al de alguno de sus amigos. Sí, eso haría; le pediría prestado el laboratorio a alguno de sus colegas. A Spencer, quizá. Pero todavía tuvo otra idea que le pareció infinitamente mejor: podía, sencillamente, utilizar el laboratorio de la revista *Sweet Woman*. En cuanto llegase al embarcadero llamaría a Edna por el radioteléfono, y le

diría que le esperase allí. ¡Estupenda idea!

—¡Qué bien se está aquí arriba!

Volvió la cabeza. Clem Fisher estaba tras él, envuelta en la manta, aunque ya sin mucha convicción. Pudo ver un seno casi completo por la abertura de los bordes.

—Eso he pensado siempre —sonrió Joe—. No hay nada como el mar... pero en la superficie, claro.

—Abajo se está maravillosamente, no crea. Pero según parece nosotros somos animales de tierra, no de agua. ¿Le molestará si tomo el sol aquí arriba?

—Claro que no.

Clem Fisher extendió la manta en la cubierta de popa, detrás de Joe, y se tendió, completamente desnuda, bajo la caricia del sol. Joe estuvo unos segundos mirándola, antes de regresar toda su atención a la navegación.

«Si hubiese ido en coche —pensó—, ya me la habría pegado. Demonios, jamás he conocido una chica tan natural... ¡Mierda de marido!»

Esta última exclamación mental lo dejó atónito. ¿Por qué maldecía al pobre hombre? ¿Qué demonios le importaba a él Clem Fisher, a fin de cuentas?

Nada.

Pues eso.

Nada.

Hacia las cuatro, tal como estaba calculado, llegaron al embarcadero. Joe amarró el balandro, y entró, encontrando a Clem ya dispuesta para desembarcar, con todas sus cosas recogidas y en orden. Y, por supuesto, vestida ya. Todo un alivio.

—Voy a llamar a Edna —dijo Joe—. ¿Cobró usted ya?

—No. Me llamó por teléfono, me indicó el nombre de su barco, y me vine directamente hacia aquí.

—Muy bien. Si quiere, puede venir conmigo, y cobrará su merecido sueldo... Bueno, no podremos ir juntos, porque en mi moto ... Tomaremos un taxi, y así...

—Dejé mi camioneta cerca de aquí —le interrumpió Clem—. Podemos ir en ella, si quiere.

—Estupendo. Llamaré a Edna.

Pero antes, Joe Masters sacó de su cámara la película, en la *cassette* hermética. Se la guardó en un bolsillo, y entonces sí, llamó a la revista *Sweet Woman*.

De pie junto a él, Clem Fisher lo miraba mientras hablaba por teléfono. Primero en tono festivo, contento, bromista. Luego con desconcierto. Siguió el pasmo, la incredulidad... Cuando Joe Masters colgó el auricular del radioteléfono, estaba lívido. Lo mismo que Clem Fisher, que casi tartamudeó:

—Si... si todavía quiere mi camioneta, señor Masters...

Joe Masters asintió, en silencio. No se sentía con fuerzas para hablar.
¡Dios, pobre Edna...!

CAPÍTULO IV

Se estremeció al verla.

Yacía en la cama de aquella habitación del hospital, palidísima, lleno su rostro de hematomas y de trozos de tafetán. Tenía un ojo terriblemente hinchado, y partidos los labios.

—Dios mío... —gimió Clem Fisher, de pie junto a Joe.

Este no la miró. Solamente podía mirar a Edna Hurst, como fascinado por la brutalidad de que la hermosa pelirroja había sido objeto. Al llegar al hospital le habían asegurado que no iba a morir, pero tenía varias costillas rotas, algunos derrames, hematomas en todo el cuerpo y el rostro... No, no moriría, pero durante un par de semanas por lo menos Edna Hurst lo iba a pasar francamente mal. Joe pensó en la belleza de Edna, en su alegría vital, en el desenfado con que vivía la vida, gozando de todo siempre sin perjudicar a conciencia a nadie. Ni siquiera tenía que remontarse mucho tiempo atrás para recordarla disfrutando de la vida, de las cosas buenas de esta, del sexo, de la risa, del sueño profundo...

Ahora estaba hecha un guiñapo.

Joe alzó la mirada, lentamente. Al otro lado de la cama estaba Maud, la vieja y fiel secretaria de Edna, mirándole a él con expresión desorbitada tras los gruesos cristales de los lentes. Junto a Maud, una linda enfermera miraba con expectación a Joe, como si temiese por parte de esta cualquier inconveniencia, basándose, sin duda, en lo sombrío de su expresión.

Joe miró a la enfermera.

—Ni soñar en que hable, ¿verdad? —musitó.

—En realidad —susurró la enfermera—, todos ustedes deberían estar fuera de aquí.

—De acuerdo.

Se volvió tras hacer una seña a Maud, tomó de un brazo a Clem Fisher, y se dirigió hacia la puerta. Dejó salir a Maud, y salieron él y Clementina. Afuera había tres hombres; uno de ellos, a un lado de la puerta, como esperando algo que tardaría en llegar. Los otros dos, frente a la puerta. Uno de ellos mostró su estuche a Joe.

—Soy el sargento Howells, señor Masters, de la policía.

—¿Qué tal? —gruñó Joe, de mal talante.

—Nosotros, bien —Howells lo miró con curiosidad—, pero la señorita Hurst está bastante mal, ¿no le parece? Estaba por abajo cuando me han avisado de que usted había venido a verla cayese quien cayese.

—No creo haberla perjudicado por echarle una mirada.

—Desde luego que no. Ni la perjudicará si nos dice que sabe usted al respecto.

—Al respecto... ¿de qué?

Howellsladeó la cabeza; presentía que estaba topando con un cabezota.

—De la paliza que le propinaron dos sujetos en su propio despacho, señor Masters. Un despacho que también quedó destrozado... Se me ha ocurrido que quizá usted pueda facilitarnos alguna información sobre eso.

—No.

Howells hizo una mueca. Miró a Clementina.

—¿Quién es? —preguntó.

—La señora Fisher. Es buceadora profesional. Edna y yo la contratamos para ir a tomar unas fotografías submarinas para publicirlas acompañando un artículo de *Sweet Woman*. La señora Fisher y yo fuimos a tomar las fotografías, y al regresar yo llamé a Edna a su despacho. Entonces, me dijeron lo ocurrido, y vine inmediatamente. Es todo lo que puedo decirle.

El sargento asintió, y miró de nuevo a Clementina.

—¿Eco es así, señora Fisher?

—Sí, exactamente —murmuró Clem.

—Bien... Es una lástima. Tenemos la descripción de los dos sujetos que causaron todo esto, pero quizá adelantariámos más si supiéramos también sus nombres. Se me ocurrió que usted podría saber algo sobre ello.

—No.

—Lástima, lástima.

—¿Cómo eran esos dos tipos?

—Se lo voy a decir —sonrió a medias Howells—, porque de todos modos, usted se enteraría preguntando al personal de *Sweet Woman*. Según las descripciones, eran dos tipos de buena estatura, uno de ellos rubio, el otro pelirrojo; este tenía una mancha del tamaño de una moneda pequeña junto a la sien derecha... Como una enorme peca. Vestían muy bien, y sus modales eran muy buenos... hasta que se tornaron desagradables, claro está.

Joe Masters ni siquiera parpadeó. Pero estaba desconcertado. Y mucho, porque él había creído enseguida que los dos sujetos en cuestión eran los llamados Niño y Terry, pero la descripción no coincidía con ninguno de ellos, No entendía nada. Es decir, sí entendía una cosa, aunque, nadie más que Edna podría confirmársela: lo que aquellos dos tipos habían ido a buscar al despacho de Edna eran las fotografías que él tomara la tarde anterior en Santa Catalina... justo y exacto las que ahora, en su estuche hermético, tenía en el bolsillo.

¿Y cómo habían llegado a aquellos dos sujetos hasta Edna? Esto también lo entendía o creía entenderlo Joe Masters: cuando él había visitado a Edna tras su... entrevista con Evelyn Sangster y los inefables Terry y Niño, alguien le había atado cabos, y luego habían decidido visitar a la directora

la revista, para exigirle las fotografías. Y al no recibirlas, cosa que era imposible, habían apalizado a Edna y buscado las fotografías destrozando el despacho... La técnica era la misma que la empleada en su laboratorio, pero, evidentemente, los sujetos no eran los mismos.

No lo entendía... si bien, de acuerdo a un mínimo de lógica, aquellos dos sujetos debían tener algo que ver con Niño, Terry, y, claro está, con Evelyn Sangster. ¿O no?

Demonios, no lo entendía.

—Pagaría mil dólares por sus pensamientos, señor Masters.

Joe miró a Howells, y sonrió secamente.

—Será mejor que los ahorre para su vejez, sargento. Mis pensamientos no valen ni un centavo.

—Sin embargo, yo pienso...

—Mire, ya le he dicho todo lo que podía decirle, así que es inútil que insista. ¿Puedo marcharme?

—Naturalmente.

—Pues adiós.

Tomó de un brazo a Maud, hizo lo mismo con Clementina, y comenzó a alejarse.

—Señor Masters.

Se volvió.

—¿Sí?

—Espero que usted entienda que esto es cosa de la policía.

—Y yo espero que usted cumpla con su deber.

Se desentendió de Howells, y continuó alejándose. Descendió un piso, y señaló con la barbilla una salita de espera en el pasillo. Ya allí, soltó a las dos mujeres, que le miraban inquisitivamente.

—Maud, ¿puede usted abrir la caja fuerte del despacho de Edna?

—Claro...

—Necesito dinero, porque los bancos han cerrado ya, y no tengo en el barco la cantidad suficiente para comprar algunas cosas. ¿Cree que habrá en la caja... cinco mil dólares?

—No sé... Me parece demasiado, Joe. Pero lo miraré.

—Gracias —sonrió Joe, pellizcándole la flácida mejilla—. La señora Fisher irá con usted para...

—Señor Masters —le interrumpió Clem—, puedo esperar sin problema alguno a que Edna esté mejor para cobrar mi trabajo.

—Bueno, la verdad es que no se trata de eso, señora Fisher, sino de un favor que tendría usted que hacerme. Un favor importante. ¿Qué me dice de su marido? ¿Es muy celoso?

—Supongo que lo normal... ¿Por qué?

—Necesito un sitio donde trabajar, y no puedo volver a mi barco, ni ir al domicilio de nadie que sea conocido como empleado de la *Sweet*

Woman. Y dinero para comprar lo necesario para revelar las fotos que...

—Oh, eso puede hacerlo en mi apartamento sin comprar nada.

—Ah... ¿De veras?

—Yo también tengo un pequeño laboratorio. Acostumbro tomar fotografías submarinas, así que...

—Señora Fisher, es usted maravillosa. ¿Me presta ese pequeño laboratorio? ¿Podemos ir ahora mismo?

—Por supuesto.

—Magnífico. Maud, usted no sabe nada de nada, ¿de acuerdo? Si alguien le pregunta por la señora Fisher y por mí, dirá que nos hemos marchado, y eso es todo. ¿Cuento con ello?

—Sí... Sí, claro. Pero, Joe, ¿qué ocurre?

—¿Le digo la verdad, con toda sinceridad?

—Oh, sí.

—No lo sé.

Tomó de nuevo por un brazo a Clementina, y recorrió el pasillo hasta llegar a las escaleras. Bajaron otro piso. Joe se detuvo de nuevo.

—¿Dónde vive usted? —preguntó.

—En el 2.088 de Alvarado Lane, apartamento C.

—¿Lleva dinero encima?

—Sí, algo, claro.

—Salga del hospital por cualquier puerta de servicio, la que sea, y tome un taxi para regresar a su casa. Yo saldré por la puerta principal, y me llevaré su camioneta. ¿Me da las llaves...? Gracias. Nos veremos en su apartamento. Ah, y llévese esto.

Le entregó el estuche con la película. Clementina parecía no poco desconcertada, aturdida, pero tomó el estuche, asintió, y se quedó mirando a Joe, que gruñó:

—Bueno, ¿qué pasa?

—Eso pregunto yo, señor Masters; ¿qué pasa? ¿Por qué no vamos juntos, por qué todo esto?

—No me gustaría que a usted también le rompieran la cara, y menos por estar conmigo, señora Fisher. Piense en sus hijos.

—¿En...? Oh, sí. Pero, señor Masters...

—Adiós.

—Pero... ¿adónde va usted?

—No soy yo quien se va primero, sino usted. Quiero tener la seguridad de que ya estará lejos de aquí cuando yo salga. Esperaré diez minutos. Hasta luego, señora Fisher.

—Está bien... Hasta luego.

Joe Masters esperó diez minutos a que Clementina se hubiera separado de él. Entonces, bajó el siguiente piso, llegando a la planta baja del hospital. Cruzó tranquilamente el vestíbulo, salió, y miró hacia la

camioneta de la muchacha. Luego, disimuladamente, mientras encendía un cigarrillo, miraba a derecha e izquierda.

No era ningún tonto.

Si habían apalizado a Edna Hurst, era porque estaban dispuestos a todo. Debían haberse convencido de que Edna no tenía las fotografías, así que nuevamente se habrían interesado por él. Entonces, quizá volvieron al embarcadero, y, al no ver su balandro allí, consideraron perdida momentáneamente la pista. Así que regresaron a la única de que disponían: la propia Edna, que había sido llevada al hospital. Debían estar esperando que él se acercara a Edna, era lo lógico.

Por tanto, quizá ahora estuviesen esperando a que saliera del hospital. Posiblemente, le habían visto llegar, pero no habían tenido tiempo de acercarse a él. De modo que lo esperaban.

¿O no?

Al parecer, no, porque ni vio nadie que le pareciera sospechoso, ni que se fijara de modo especial en él. Todo parecía normal. Claro que él no era precisamente un lince para estas cosas, y bien se la podían estar pegando fácilmente.

Mientras caminaba hacia la camioneta de Clementina, se felicitó a sí mismo por la idea que había tenido de sujetar a su tobillo derecho, con esparadrapo, una de las pistolas requisadas a Niño y Terry; si la hubiese llevado en un bolsillo, la perspicaz mirada del sargento Howells la habría percibido, y las cosas se habrían complicado mucho, muchísimo.

Aunque quizá era él quien las estaba complicando. ¿Qué demonios se estaba proponiendo? ¿Qué revoltillo de ideas bullían en su cabezota? ¿Vengar personalmente la paliza a Edna? ¿Era eso? Pues si era eso, era tanto como enviar un gallito a luchar con un águila. Porque, desde luego, la gente que estaba detrás de todo aquel absurdo asunto tenía mucha más mala leche que él, de eso no cabía duda...

Como fuese, llegó sin novedad a la camioneta, la abrió, se sentó ante el volante, dio el encendido, y partió, echando rápidas miradas al espejo retrovisor de la cabina y al del exterior, fiada. Nadie le seguía. Perfecto.

Entonces, por detrás de él le llegó la voz, al tiempo que notaba una cosa dura y fría en la nuca.

—¿Dónde está la muchacha? —sonó la pregunta.

La sobresaltada mirada de Joe fue al retrovisor de la cabina. Ahora, ¡tonto cretino!, pudo ver a los dos hombres que llevaba detrás, y que, hasta entonces, habían estado escondidos por el simple procedimiento de permanecer tumbados...

—¿No me ha oído?

Joe se pasó la lengua por los labios.

—¿Qué dice? —masculló.

—Le he preguntado por la muchacha que llegó con usted en esta

camioneta.

—Ah. Ha ido a comprar tabaco.

Hubo unos segundos de silencio. Luego la voz del otro sujeto:

—¿De modo que es usted un chulito gracioso...? Muy bien, hombre, muy bien. Siga conduciendo, valiente... hacia donde le espera la muchacha. ¿Está claro?

—No sé adónde ha ido. Ella salió antes, y...

—Escuche, Masters, las bromas han terminado. La chica no salió antes que usted... no, al menos, por la misma puerta. De modo que le diré lo que ha pasado, aquellos dos idiotas no supieron comprender que, al hundirse su bote, todo se hundió con él, menos usted. Usted ha ido con esa chica a recoger la cámara, como está bien claro gracias al equipo que hay en esta camioneta. Luego se han enterado de lo que le había pasado a la pelirroja de la revista *Sweet Woman*, y han venido a verla. Y como usted es un chico listo, se ha separado de la muchacha, por si sucedía esto, es decir, que usted tuviese dificultades. Sí, es listo, pero nosotros no somos tontos, ¿verdad?

Joe sintió un escalofrío que tras llegar al final de su espalda regresó hacia la nuca, y puso de punta su vello.

—No —murmuró—. No son tontos.

—Perfecto. ¿Las fotos las tiene usted o la chica?

—Ninguno de los dos. No encontramos la cámara. Teníamos pensado volver mañana, para seguir buscando.

—¿Sí? Bueno, se lo preguntaremos a la muchacha del pelo alborotado. Está como un tren. ¿Es algo de usted? ¿Amiga, amante...?

—Es una mujer casada. Y tiene dos niños.

—Enternecedor. Muy bien, vamos a visitarla... Así conoceremos a sus dos querubines. ¿De acuerdo?

—No.

—¿Cómo ha dicho?

—He dicho que no.

—¿No quiere llevarnos con la muchacha?

—No.

—Muy bien, hombre... ¡De acuerdo! En ese caso, conduzca hacia la playa.

—¿Vamos a tomar un baño?

—Los chulitos como usted nos tocan los huevos, Masters... Y eso no nos gusta. ¿Verdad, James?

—Verdad, Oliver. Así que nosotros también vamos a tocárselos al señor Masters.

—Estupenda idea. ¿Ha oído, Masters?

Joe no contestó. Se daba perfecta cuenta del lío en que se estaba metiendo cada vez más a fondo, y comprendía que los dos hombres que

llevaba detrás pertenecían a un mundo muy diferente al suyo. Porque una cosa era saber boxear, y tener algunos truquillos, y otra cosa muy diferente era tener hígados para apalizar a una mujer y ser capaz de asesinar a un hombre. Ahí estaba la jugada; ellos eran capaces de hacerlo, lo sabía.

Se dio cuenta de que le estaban sudando las manos, y separó del volante la izquierda para sacarla en el pantalón, pero apenas llegó a moverla unos centímetros; recibió tal golpe en el hombro de aquel lado que le pareció como si acabasen de clavarle algo eléctrico, que le produjo un dolor horrible, la mano cayó pesadamente...

—¡Póngala sobre el volante! ¡Y ahora!

El esfuerzo que realizó casi le mareó. El golpe propinado con la pistola en su hombro izquierdo le estaba produciendo ahora efectos paralizantes. Casi no sentía la mano izquierda. Unas gotas de sudor aparecieron en su frente primero, y luego parecieron extenderse por todo el rostro, como una fina película. Casi no tenía sensibilidad en los dedos. El dolor era horrendo, parecía ir creciendo y penetrando más y más en su carne, y deslizándose desde el hombro por el cuello hasta la cabeza... Era como si le doliese el cerebro.

—Me parece que al chulito Masters se le han pasado las ganas de chulear —oyó tras él.

—No, hombre, James... Lo que pasa es que está pensando en alguna nueva gracia para hacernos reír. ¿Verdad, Masters? Vamos, hombre, diga algo gracioso. Por ejemplo, podría contarnos aquel chiste del tipo que se pierde en el desierto y cuando está a punto de morir de sed se encuentra un gran vaso... pero no lleno de agua, sino de orines... ¿Sabe el chiste?

Joe no contestó. El dolor en el hombro, en todo el brazo, en el cuello, le parecía insoportable. La mano yacía paralizada sobre el volante, y temía que los dedos fuesen a desprenderse de aquel de un momento a otro.

—Me parece que no sabe el chiste —dijo James—. Creo que deberías terminarlo, Oliver.

Joe Masters sintió como un vahído. Sentía asco, y ahora un frío como prieto, condensado, congelaba su rostro.

—Creo... creo que voy a vomitar... —jadeó.

—¡Sera cochino...! Vamos, detenga la camioneta donde pueda. Es usted un flojo, amigo. ¡Por un golpecito de nada...! Detenga este trasto; yo conduciré, y usted irá detrás con James.

Joe detuvo el coche a los pocos segundos, ante un semáforo recién iluminado en rojo. ¿Un golpecito de nada? Nada de eso; había sido un golpe con toda la mala idea del mundo, bien aplicado, pues de eso debían entender no poco Oliver y James... Este le ayudó a pasar atrás, y Oliver pasó al volante. Todavía estaba el disco en rojo...

James empujó a Joe, sentándolo rudamente en el piso de la camioneta.

—Ahí quietecito. Y será mejor que vayas reflexionando sobre lo que más

te conviene: entregarnos las fotografías, o recibir unos cuantos balazos en esa cabezota...

La mano derecha de Joe llegó al tobillo de ese lado. Miró a James, que le contemplaba con frialdad que le pareció satánica. En alguna parte sonó un claxon. La camioneta reanudó la marcha, ahora bajo la dirección de Oliver.

—¿Se siente mejor, señor Masters?

Joe aspiró hondo. Lo que estaba pensando era horrible... Pero la idea de morir también le parecía horrible. No era cierto que estuviese a punto de vomitar, ni que estuviese mareado. Lo cierto era que, quizá inconscientemente, había pensado en el modo de salir de aquel apuro, que había tramado rápidamente un plan; un plan que ahora le parecía irrealizable...

La camioneta se detuvo de nuevo.

—Pronto llegaremos a la playa, señor Masters. ¿Seguro que no prefiere llevarnos con la chica?

La chica. Clementina. Dos niños.

Joe Masters deslizó la mano bajo el borde del pantalón, arrancó la piste la del tobillo, apuntó a James, que respingó y abrió la boca, sobresaltadísimo...

¡Crack!, disparó Joe.

James lanzó un alarido, y saltó hacia atrás violentamente, chocó de espaldas contra la caja de la camioneta, y cayó hacia delante como un fardo, descompuesto el rostro en una horrible mueca. Quedó con medio cuerpo sobre las piernas de Joe, que apuntaba ahora a la cabeza de Oliver, el cuál se había vuelto, y lo miraba con espanto e incredulidad. Miró la pistola que empuñaba Joe, de nuevo a este... Joe si siquiera se preguntó si el estampido del disparo había trascendido fuera de la camioneta.

—Venga aquí —ordenó.

Oliver se pasó la lengua por los labios. Tenía la pistola en la axila izquierda, al alcance fácil de su mano. Pero sabía muy bien que por rápida que fuese su mano, más rápida sería la bala que Joe Masters podía dispararle a la cabeza.

—¡Le digo que venga aquí! —jadeó Joe.

Oliver se deslizó entre los dos asientos hacia atrás. En sus ojos, Joe podía leerlo todo. Estaba vacilando, pensaba en sacar su pistola, en atacarle, en solucionar la situación a su favor...

—Tiéndase en el suelo boca abajo... ¡Pronto!

Oliver obedeció. Todavía estaba tumbándose cuando Joe le golpeó en plena cabeza con la pistola. Oliver emitió un gemido, y acabó de desplomarse. La pistola volvió a golpearle. Quedó inmóvil, lívido, con un grueso chorro de sangre deslizándose por un lado de la cabeza. Detrás de la camioneta sonaban algunos cláxones.

Sintiendo como descargas de fuego en el brazo izquierdo, Joe se desplazó hasta quedar sentado ante el volante. Metió la pistola caliente en un bolsillo. Estaca sudando a chorros. Un sudor denso y frío.

Arrancó.

Le parecía que más que conducir un vehículo terrestre estuviese flotando entre nubes.

Pero mientras tanto, pensaba en las diversas alternativas que se le ofrecían. Podía acudir a la policía con aquellos dos tipos, en cuyo caso, el lío sería enorme para él. Podía ir a cualquier lugar adecuado y sacarlos de la camioneta a puntapiés. Podía dejarlos dentro de la camioneta, abandonar esta, y tomar un taxi para ir al apartamento de Clementina. Podía...

Cuando, tras dar vueltas y más vueltas por Santa Mónica, se decidió, ya era de noche.

CAPÍTULO V

Apartamento C. Joe se detuvo ante la puerta, y pulsó brevemente el timbre. Casi enseguida, Clementina abrió, y le hizo un gesto para que entrara, sonriendo.

Joe entró, torciendo a su vez una sonrisa hacia un lado de la boca. Algo tenía que hacer: Clementina llevaba ahora un albornoz de color rojo que le llegaba a mitad de los muslos, su piel relucía, y olía a una inquietante mezcla de mar y perfume. Sus menudos rizos negros relucían, todavía un poco húmedos. Claro que Joe ya no podía ver más de lo que había visto en el balandro, pero una mirada al escote generosísimo del albornoz llevó a su mente el pensamiento de que volver a casa y encontrarse con Clementina debía ser suficiente para olvidar todos los traumas del día, por duro que este hubiera sido.

—Es usted un mirón —dijo Clem, cerrando la puerta.

—Y usted una exhibicionista —gruñó Joe—. Si miro es porque usted me está enseñando los pechos. Y oiga, señora Fisher; está usted demasiado buena para ir jugando así con la gente.

—¿Por qué se enfada?

—El que se tendría que enfadar es su marido —Joe bajó la voz de pronto—. Demonios, quizá nos esté oyendo y no le guste...

—No está.

—Ah; no está.

—No.

—¿Dónde está?

—Le salió de pronto un importante negocio, y se fue con el coche a San Francisco.

—A San Francisco.

—No volverá hasta mañana.

—No volverá hasta mañana.

—No.

—No.

—¿Por qué repite todo lo que yo digo? —frunció el ceño Clementina.

—Para convencerme de que oigo lo que oigo. ¿Y los niños?

—Están durmiendo. Es ya bastante tarde, señor Masters... ¿Qué ha pasado? Hace mucho que le espero, con la cena a punto.

—Con la cena a punto.

Clementina hizo un gesto de impaciencia.

—¡Hay momentos en que parece usted tonto! —exclamó—. Pero sé que

no lo es. Ha ocurrido algo, ¿verdad?

—Será mejor que nos dediquemos a revelar la película de esas fotos que...

—Ya está revelada.

—Ya está revelada. Bueno, pues saquemos copias.

—Ya se están secando.

—Ya se están secando. Oiga, ¿es usted muy eficiente en todo, señora Fisher!

—Lo intento. Bueno, creo que lo mejor será que cenemos, por fin, mientras esperamos. ¿Qué le pasa?

Clementina había tomado simpáticamente a Joe por el brazo izquierdo, tirando de él, y su sorpresa y sobresalto se debió al bramido de Joe, que quedó lívido.

—Si vuelve a tocarme este brazo —jadeó—, ¡me la como a mordiscos!

—Pero ¿qué le ocurre? ¿Se encuentra mal? ¿Está...? ¿Está herido! —comprendió de pronto.

—No me toque el brazo.

—Y usted no grite; puede despertar a los niños.

—Está bien. ¿Qué cena tenemos?

—¿Qué clase de herida tiene? ¿Dónde le duele exactamente?

Joe Masters aspiró profundamente, y murmuró:

—Casi he matado a dos hombres.

—Dios mío...

—Eran los que le dieron la paliza a Edna; lo sé seguro porque uno de ellos era pelirrojo, y tenía una gran peca como la que describió el sargento Howells... Casi los he matado, pero le juro que en el fondo no estoy arrepentido. ¡Se lo merecían, por matones cobardes!

—Tranquilícese. Quiero ver su herida, y mientras hacemos algo por ella, cuénteme lo ocurrido... si quiere, claro.

Joe asintió. Pasaron al saloncito del apartamento, que era un lugar agradable, pero sin almibarantientos de ninguna clase. Había muchas fotografías de Clementina en bikini y con traje de goma, y hasta varias submarinas... En muchas de ellas aparecía con un hombre de unos cuarenta y cinco años, alto, de cabellos grises, muy sonriente, atractivo, atlético, musculoso, igualmente amante del mar, eso estaba claro...

—¿Este es su marido? —murmuró Joe.

—Es mi padre —lo miró irritada Clementina—. Y si se fija, verá que la edad es la adecuada para ello. Además, aquí yo tenía diecisiete años, sino veintidós. Pero señor Masters, le contaré mi vida en otro momento. Ahora, veamos su herida.

—Creo que tendrá que ayudarme a quitarme la chaqueta.

—Muy bien.

Clem le ayudó a quitarse la chaqueta, y luego la camisa. Se quedó

mirando el hombro izquierdo de Joe, hinchado y ardiente. Joe se mordió los labios para no gritar cuando los dedos de Clementina palparon el hombro, suavemente.

—No le han roto la clavícula, lo que me sorprende. Debe agradecer eso a su masa muscular, señor Masters; si ese golpe lo hubiese recibido yo, tendría el hombro hecho papilla.

—¿Y cómo cree que lo tengo yo?

—Magullado, pero entero. Le dolerá unos días, claro. Mañana por la mañana más que hoy. Pero en serio; si usted no hubiera tenido esta musculatura, ¡adiós clavícula! Caramba, realmente es usted todo un paquete de músculos. Le echaré una rociada de un aerosol que hace milagros, ya verá.

—Es usted mi madre, señora Fisher.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Veintiocho.

Clem movió la cabeza, sonriendo.

—Me parece que las probabilidades respecto a mi maternidad sobre usted no son muchas.

—Bueno, pues mi tía.

Ella reflexionó un par de segundos, antes de asentir.

—Eso sí podría ser. Quédese aquí.

Clem salió de la salita, para regresar a los pocos segundos con todo lo necesario para, al menos, aliviar el dolor en el hombro de Joe, el cual, mientras tanto, procedió a explicarle lo sucedido. Cuando terminó la explicación, ella ya le había ayudado a ponerse la camisa.

—¿Y qué ha hecho con esos dos hombres? —preguntó.

—Bueno, me metí en un callejón con la camioneta, los saqué y los dejé en el suelo, y llamé por teléfono una ambulancia, para que pasaran a recogerlos. Uno tiene un balazo en el pecho, y el otro la cabeza rota. Me quedé sus documentaciones y sus pistolas... ¡Me alegro de haberles fastidiado! Lo que hicieron con Edna fue canallesco y cobarde.

—Desde luego. ¿Tiene apetito?

—Creo que sí... aunque no demasiado.

—Bueno, cenaremos algo, aunque solo sea por vicio o costumbre. ¿Le gusta la cerveza?

—Me gusta todo. Caramba —sonrió de pronto Joe—, ¡espero que a su marido no se le ocurra regresar inesperadamente mientras estamos cenando!

—Correremos el riesgo.

—¿Sabe, señora Fisher? ¡Usted no es una chica corriente!

—¿Por qué no?

—Bueno... Caramba, eso es evidente, es más bonita que nadie, es lista, no se pone histérica, le importa un pito que un tipo como yo la vea

desnuda, sabe bucear, tomar y revelar fotografías, tiene dos hijos, un sobrino, un...

—¿Un sobrino? No recuerdo tener ningún sobrino.

—¿No hemos quedado que era mi tía?

Clementina se echó a reír, y, por entre sus estirados párpados, Joe Masters vio las chispitas de alegría, la vitalidad de la muchacha... y unos destellos que le parecieron como de interés, de... escrutinio.

—Usted tampoco es un tipo corriente, señor Masters —dijo Clem tras la risa—, me gusta.

—¡Ssst! —se llevó Joe un dedo a los labios—. ¡Podrían oírla los niños!

—Vamos a cenar. ¿Le importa hacerlo en la cocina? Luego veremos las fotos.

—Vamos a cenar. No me importa hacerlo en la cocina. Luego veremos las fotos.

* * *

Cuando las descolgaron estaban ya prácticamente secas, y, desde luego, manejables. Regresaron con todas las copias a la salita, adonde Clem había llevado el café. Ella misma encendió dos cigarrillos y le tendió uno a Joe, que lo recibió en los labios sin dejar de mirar las fotos.

—No es porque las haya tomado yo ni porque las haya rebelado usted, pero son buenas y claras —dijo Joe—. ¿Conoce al hombre?

Le tendió una de las fotos en las que se veía perfectamente el rostro del hombre que estaba en pleno abrazo sexual con la despampanante Kitty Flowers. Por supuesto, Clementina no hizo aspaviento alguno por la índole de la fotografía, dedicando su atención en exclusiva al rostro del hombre.

—No —negó—. No lo conozco.

—Yo tampoco.

—Quizá haciendo algunas ampliaciones...

—No lo creo necesario, por el momento. La cara del amante caballero se ve perfectamente. Y no; por mucho que ampliemos su rostro seguiremos sin conocerlo. Desde luego, no es el presidente de Estados Unidos, ¿verdad?

—¿Por qué dice eso? —se sorprendió Clementina.

—Charlando con Edna llegamos a pensar que podría tratarse de alguien conocido, que pudiera resultar incluso más comprometido y perjudicado que Kitty Flowers si estas fotos se publicasen.

—¿No las va a publicar?

—Sí.

—Lo ha dicho usted... con mucha dureza.

—No me gusta lo que han hecho con Edna. Esperaré a que Edna pueda decidir sobre si las publicamos en *Sweet Woman* o si prefiere no

complicarse más la vida y que las venda a otra revista. No me faltarán compradores.

—Pero usted no le hace por el dinero.

—Esta vez no. Desde luego, soy un poco cabroncete, ya que he fastidiado a más de un famoso con mis fotografías robadas a distancia, pero en esta ocasión, todo es diferente... ¿Seguro que no conoce a ese sujeto afortunado?

—Seguro. ¿Afortunado? ¿Por qué cree que lo es?

Joe dirigió una mirada entre torva e irónica a la muchacha.

—Bueno, querida señora Fisher, no todos los hombres pueden darle gusto al cuerpo con Kitty Flowers, creo yo.

—¿Envidia usted a ese sujeto?

Joe se permitió guiñar un ojo.

—A decir verdad, envidio más a su marido, Clementina.

—Eso... ¿es cortesía o sinceridad?

—Las dos cosas. Bien, creo que debo marcharme ya. No estoy tan loco como para volver a mi barco, pero hay hoteles para...

—¿Qué tiene de malo quedarse aquí?

—¿Yo?

—No creo estar hablando con Paul Newman.

—Claro. Bueno, la verdad es que no me seduce dormir en un sofá... y menos, con el riesgo de que a cualquier hora de la noche llegue un caballero, me encuentre aquí, y no se crea el cuento del sofá.

—Aclaremos dos puntos. Uno: ningún caballero regresará esta noche. Dos: no te estoy ofreciendo el sofá. Y podríamos añadir que ese caballero se merece lo que pueda ocurrir, por tonto.

Joe Masters se quedó mirando fijamente a Clementina Fisher. Luego recogió todas las fotografías, las dobló de cualquier manera, y las metió en un bolsillo de su chaqueta. Se puso en pie, tendiendo la chaqueta a Clementina.

—¿Me ayuda a ponerme la chaqueta?

En silencio, ella le ayudó... y terminó abrazándose a su cintura, pegando su vientre al de Joe. Alzó la mirada, reluciente.

—Quédate —susurró.

Joe hizo un gesto para desasirse. Pero ella se abrazó con más fuerza a él con un brazo; con el otro, alzó el derecho de Joe, le tomó la mano, y la introdujo en su escote. Joe Masters notó en su piel la tibieza de la de Clementina Fisher, la forma plena, rotunda, turgente del seno, grande, hermoso. Incluso percibió la suavidad del pezón.

—¿Te quedas? —insistió ella, en un susurro.

Joe aspiró profundamente. ¡Era tan agradable la sensación en su mano! Sus dedos se crisparon un instante... Clementina sonrió, se alzó sobre las puntas de los pies, y su boca llegó a la de él. Joe sintió como un trallazo en

todo el cuerpo cuando los rojos labios se hundieron en los suyos. La lengua de Clementina entró en su boca, encontró la de él... Joe Masters se dio cuenta de que su virilidad estaba en plena reacción lógica y natural. No era de piedra.

Clementina también se dio cuenta, pero todo lo que hizo fue apretarse más contra él, y profundizar más en el beso. Joe no hacía nada. Se dejaba besar, eso era todo... Pero, incluso sin su colaboración, era un beso tan profundo, tan tibio, tan electrizante, que comenzó a causar estragos en él. Era un beso cálido y ávido, total...

Y largo.

Largo.

Muy largo...

Cuando terminó, Clementina suspiró fuertemente, y de nuevo alzó la mirada hacia los ojos de Joe, que vio aquel brillo, intenso, aquella belleza casi fiera, inédita para él. Clementina era tan hermosa que, en verdad, Joe Masters estaba profundamente impresionado.

—Te quedas, ¿verdad? —pidió de nuevo ella en un susurro dulcísimo.

Joe deslizó la mano fuera del escote de Clem, notando en la palma toda la belleza, toda la finura, toda la sensación cálida de la magnífica anatomía femenina.

—Algún fallo habías de tener —murmuró.

—¿Qué quieres decir?

—Será mejor que vayas a ver si tus hijos están bien.

La apartó, dio la vuelta, y salió de la salita. Segundos después, lo hacía del apartamento. Cuando salió a la calle, se dio cuenta de que todavía estaba soliviantado, y que le ardía el rostro. En su mano notaba aún la cálida sensación del pecho de Clementina. La olió.

«Soy un idiota —se dijo—, ¡pero ella es una maldita zorra, después de todo!»

Poco después, tomaba un taxi.

CAPÍTULO VI

Llegó a pie a la entrada de la magnífica villa de la famosa, admirada, envidiada, deseada Kitty Flowers. Las verjas estaban cerradas. Por entre los barrotes se veía al fondo, entre pinos y flores, la casa, inconfundible, elegante y grácil con sus tolditos listados en verde y blanco.

A la derecha de las verjas vio la instalación del portero electrónico. Se acercó, y pulsó el llamador. A los pocos segundos oyó la voz de un hombre, por el micro.

—¿Qué desea?

—Quisiera ver a la señorita Sangster. Soy Joe Masters.

—Un momento, por favor.

—*Okay*.

Es bueno tener amigos. Uno de ellos, propietario de una veloz lancha, había llevado a Joe de muy buen grado a Santa Catalina, y hasta se había ofrecido a llevarlo de vuelta al continente, de modo que tras saludar a otros amigos, lo esperaría en el embarcadero un par de horas más tarde...

—¿Señor Masters? —sonó de nuevo la voz en el micro.

—Sí.

—Tenga la bondad de venir a la casa.

—Gracias.

Se oyó un chasquido y un zumbido en la cerradura de la verja, que cesó cuando Joe la empujó. Entró, cerró de nuevo la verja, y se dirigió hacia la casa, por el fresco sendero flanqueado por pinos y flores. Se oían los cantos de pajarillos. Más allá, hacia el mar, vio un par de gaviotas, resplandecientes al sol de la mañana, ya bastante avanzada. No había por qué hacer «madrugar» a gente tan importante.

Clementina Fisher había tenido razón: ahora, el hombro le dolía más que la noche anterior; era un dolor profundo y seguido, pero podría soportarlo. Y desde luego, el hecho de llevar el antebrazo suspendido por medio de un pañuelo anudado al cuello hacía más llevadero el dolor, lo amortiguaba.

Frente a la casa le estaba esperando un hombre, de mediana edad, serio, vestido también en serio; el mayordomo, claro. Va de lujos. A la derecha estaba la piscina, de aguas azules. Bueno, parecían azules, claro, que no es lo mismo.

—Por aquí, señor Masters.

Asintió. Entraron en la casa, sobre cuya decoración y más lujos decidió no hacer aprecio alguno. Por otra parte, él estaba acostumbrado a

mansiones más o menos ostentosas. Había metido sus narices en tantos sitios que ya nada le impresionaba.

El mayordomo lo introdujo en un saloncito.

—Tenga la bondad de esperar un minuto, señor Masters.

De nuevo asintió Joe. El mayordomo salió, cerrando la puerta. Joe se sentó, vio una cajita de música, y alzó la tapa. Dentro había cigarrillos. Chocante. Encendió uno. Miró alrededor. Era un saloncito privado, de esos donde se refugian las mujeres en momentos de intimidad. Había un tocadiscos, con un disco ya colocado, que Joe se quedó mirando, tras acercarse. Puso en marcha el tocadiscos... Era una música detestable, aguda, chillona, respaldada por voces histéricas.

La puerta del saloncito se abrió, y apareció... Kitty Flowers, en carne y hueso. En *deshabillé*. Bellísima, sonriente, encantadora, maravillosos sus grandes ojos azules. Joe se quedó mirándola, mientras, a tientas, apagaba el cigarrillo en el cenicero.

Kitty Flowers se acercó a él, sin dejar de sonreír de aquel modo cautivador, tan cinematográfico.

—¿Bailamos, señor Masters? —propuso.

—¿Con quién? —gruñó Joe.

Kitty Flowers se desconcertó un instante. Enseguida, se echó a reír. Detuvo la marcha del tocadiscos, y Joe sintió alivio con el silencio.

—Es usted un hombre muy brusco, señor Masters.

—Pero tan cortés, señora Sangster, que voy a reforzar la opinión que tiene sobre mí; no he venido a verla a usted, sino a su hijastra.

—Oh, Eve está ocupada en estos momentos. Espero que yo podré atenderle en la medida de sus necesidades.

—Es más que posible. He venido a cobrar mis ciento dos mil trescientos cincuenta dólares.

—¿Sus...? ¿En concepto de qué?

—De destrozos en el Shark.

—¿El Shark?

—Mi balandro, señora Sangster: el Shark.

—¿Por qué me llama señora Sangster? Debe saber muy bien que soy Kitty Flowers... ¿O no, señor Masters?

—Lo sé. La he visto muchas veces en el cine, en revistas, en noticieros... Incluso, fíjese qué casualidad, yo mismo tengo algunas fotografías de usted.

Diciendo esto, Joe sacó de un bolsillo unas cuantas fotos arrugadas, dobladas, que tendió a Kitty. Esta las tomó, las miró, y en su rostro hubo una crispación. No sofoco, ni pudor. Fue algo así como un gesto de contrariedad y disgusto. Las miró serenamente, una por una. Luego, miró fríamente a Joe.

—Son unas buenas fotos, señor Masters.

—Por supuesto. Hace tiempo que me dedico a la fotografía. En especial, por decirlo así, a la fotografía difícil. Soy menos famoso que usted, señora Sangster, pero puede tener la certeza de que el nombre de Joe Masters, fotógrafo, es... bastante conocido y hasta un poco famoso.

—Lo que sin duda está justificado. Bien... ¿Ha traído también los negativos?

—No.

—En ese caso, me temo que no llegaremos a un acuerdo. Quinientos mil dólares son demasiados por simples copias. Aparte de que, en las actuales circunstancias, comprenderá que yo no crea en su... honestidad.

—¿Perdón?

—Quiero decir que aunque hubiese traído los negativos yo tendría que pensar que se había reservado algunas copias.

—Ya veo que Evelyn y usted se han unido para resolver este asunto.

—Eve quiere mucho a su padre —sonrió Kitty—, así que su comportamiento es sobre todo sensato. ¿Qué ganaría dándole ese disgusto a mi marido? En cuanto a mí, también estoy dispuesta a evitar que Malcom sufra, porque le amo.

—¡No me diga! —sonrió Joe, sarcástico.

—¿Lo dice por estas fotos? —las agitó Kitty—. Mire, señor Masters, usted parece un hombre de mundo... ¿Lo es?

—Sí.

—En ese caso, estará ya al corriente de que los seres, humanos no somos perfectos, ¿verdad? Amo a mi marido, pero a veces... Bueno, son cosas que pasan. Las personas tenemos caprichos, hacemos cosas que no están bien, somos a veces crueles o egoístas, infieles, deshonestos... Pero a veces. Y eso no significa que lo seamos siempre. ¿Usted nunca ha hecho nada que no debiera? ¿Nunca se ha dejado llevar por un impulso, un deseo...?

Joe se pasó la lengua por los labios. Estaba pensando con intensidad casi dolorosa en Clementina Fisher. Muy bien. ¿Cuál era la diferencia entre Clementina Fisher y Kitty Flowers? En la comparación quizá saliera más perjudicada Clem Fisher, ya que ella tenía dos hijos pequeños, un marido joven que trabajaba para ella, que le dedicaba sus esfuerzos hasta el punto de resignarse a pasar una noche sin su compañía... ¿Y cómo había reaccionado Clementina?; ofreciéndose a él. Y lo mismo podría haberse ofrecido a otro, claro.

—Está bien, señora Sangster —murmuró Joe—. No vamos a discutir sobre la moralidad de los humanos. Sin embargo, sí podemos discutir sobre la bestialidad llevada a cabo con Edna.

—¿Qué?

—Edna Hurst, la directora de *Sweet Woman*.

—Oh, una de mis revistas preferidas: *Dulce Mujer*. Pero no comprende de qué me está hablando, señor Masters.

—Le estoy hablando —masculó rabiosamente Joe— de la bestial paliza que sus amigos James y Oliver propinaron ayer por la mañana a Edna Hurst. ¿Eso también es... razonable?

Kitty Flowers le contemplaba con gesto estupefacto, y Joe comenzó a presentir que las cosas se le estaban dislocando de nuevo, que volvía a perder el hilo de la sencilla trama.

—No sé si le he entendido bien —murmuró Kitty—. ¿Dice usted que dos amigos míos han... maltratado a esa mujer?

—Del mismo modo que sus otros dos amigos, Niño y Terry, quisieron maltratarme a mí... aunque ellos tuvieron menos fortuna.

Kitty Flowers se sentó en una butaca. Estaba palidísima, sin joyas, sin afeites ni maquillaje alguno... aunque quizá, pensó Joe, se le comenzaba a notar en el rostro la sutil fuga de la lozana juventud... Sí, quizá. Kitty Flowers debía tener treinta y cinco o treinta y seis años, y aunque todavía tenía por delante muchos años de belleza, ya no era una jovencita, naturalmente...

—Señor Masters —murmuró Kitty, de pronto—, es cierto que quizá siguiendo un sistema equivocado Evelyn y mis dos empleados fueron en busca de usted. Admito que se portaron mal, y estoy dispuesta a pagarle los desperfectos de su barco y su laboratorio... Muy bien. Pero de lo otro no entiendo nada.

Joe ya se esperaba esto. Entornó los párpados, escrutó la expresión de Kitty Flowers... hasta que comprendió que era perder el tiempo. Ella era una actriz, podía ofrecerle la expresión que le viniera en gana, en una actuación más de su carrera.

—Quizá fue la señorita Sangster la que... —empezó.

—Vamos, señor Masters, vamos... ¿De verdad cree eso? Cuando Evelyn fue con Terry y Niño, solo querían asustarle a usted, para conseguir los negativos fuese como fuese. Pero solo asustarle. Bueno, le habrían dado unos cuantos golpes... si hubieran podido, claro —sonrió de pronto Kitty—, pero nada más.

—Bueno, eso es lo que hicieron con Edna Hurst: golpearla.

—No sé nada de eso. Le aseguro que tanto Evelyn como yo estábamos convencidas de que usted recapacitaría, que quinientos mil dólares son muchos dólares, y que se las arreglaría para convencernos de que jugaba limpio con nosotras cuando viniera aquí a entregarnos todo el material y cobrar. Cuando me han anunciado su visita, eso es lo que he creído. Y aunque he pensado que su actitud era lo más parecido a un descarado chantaje, estaba dispuesta a pagar... ¿Me cree?

Joe se pasó la mano sana por la cara. ¿Creerla? Bueno, ¿y por qué no?

—¿Qué le ha pasado en el brazo? —preguntó Kitty.

—Me caí de un monopatín. Señora Sangster, quiero mis ciento dos mil trescientos cincuenta dólares.

—¿Y respecto a lo otro?

—Déjeme reflexionar sobre el asunto unas horas.

—De acuerdo.

Kitty Flowers se levantó, fue a un pequeño buró, bajó la tapa, acercó una silla de lo más artístico, y se sentó. De un cajoncito sacó un talonario de cheques. Extendió uno, lo firmó, y se volvió, tendiéndolo a Joe. Este lo examinó, asintió, y se lo guardó... Justo en ese momento se abrió la puerta del saloncito, y un hombre entró, diciendo:

—Querida, tengo que ir... Ah, perdona.

Joe identificó en él acto al hombre: Malcom Sangster, el marido. Era inconfundible. Y de pronto, recordó que Kitty había dejado las fotografías sobre la mesita, junto a la caja de música. Y supo que ella también recordó esto, porque la vio mirar hacia allá, con no poco sobresalto.

—Ya me iba —dijo Joe, acercándose a la mesita—. Siento las molestias que...

—Bah, bah, joven —movió una mano Malcom Sangster, amable y comprensivo—, soy yo quien se va enseguida. Querida, tengo que ir esta mañana a una entrevista importante en Los Ángeles. Supongo que no deseas venir.

Joe se estaba guardando ya las fotografías, y Kitty pudo por fin sonreír, aliviada. Y agradecida, se vio bien claro

—Prefiero quedarme en casa, Malcom, si no te molesta.

—Claro que no —Sangster se acercó, y besó cariñosamente los labios de su esposa—. Volveré lo más pronto posible. ¿Quieres que te haga algún recado en Los Ángeles?

—No, no. No necesito nada; gracias, querido.

—De acuerdo. Bueno; ¿y quién es este joven? ¿Algún nuevo empleado?

—No —rio Kitty magistralmente—. Es un fotógrafo de una revista, que ha venido a solicitar una interviú con fotografías.

—Ya. Bien, es lamentable que no puedas concederle lo que pide, pero ya tenemos una exclusiva que siempre hemos respetado. Espero que se haga usted cargo, muchacho.

—Sí, señor —murmuró Joe—. La señora Sangster ya me había explicado eso, y lo comprendo, perfectamente. Lo que siento es haberles molestado a ustedes para nada.

—Bah, bah... ¡tonterías! ¿Es usted de Los Ángeles? Si es así, puedo llevarle en mi yate, el Salambo... ¿Qué le parece?

—Se lo agradezco mucho, pero ya dispongo de medio para regresar al continente, señor Sangster. Es usted muy amable.

—Tonterías... ¿Qué le pasa en el brazo?

—Me di un batacazo sin importancia.

—Menos mal. Vaya, se me está haciendo tarde... Adiós, mi amor. No te aburras demasiado. Adiós, señor... señor...

—Masters —murmuró este—. Joe Masters, fotógrafo.

—Encantado, señor Masters. ¡Y adiós!

Malcom Sangster salió de la salita, cerrando la puerta. Durante unos segundos, en esta reinó el silencio. Joe miraba a Kitty, que permanecía con los párpados bajos. De pronto, miró a Joe...

—Sé lo que está pensando —murmuró—. Él no se merece... según qué cosas, ¿no es eso?

—Si tiene sensibilidad para eso... ¿por qué no la tiene también para respetarlo aunque solo sea un poco? ¡Ponerse a fornicar con otro hombre, en pleno jardín...! Bueno, dejémoslo.

—Le... le agradezco que haya ocultado las fotografías...

—No me lo agradezca, porque no lo he hecho por usted, sino por él. ¿Ve? En eso estoy de acuerdo con su hijastra, señora Sangster: el señor Sangster no se merece ese disgusto.

—¿Entonces...? —lo miró esperanzada Kitty.

—La llamaré por teléfono —gruñó Joe.

Y salió del saloncito.

En el amplio vestíbulo estaba esperando el mayordomo, pero Joe lo ignoró, dirigiéndose irritado hacia la puerta, que no esperó le fuese abierta. Salió de la casa... y no pudo ignorar la presencia de Evelyn Sangster... ni la de Niño y Terry, que, tras la muchacha, le contemplaba hoscamente.

El malhumor de Joe desapareció instantáneamente. Sonrió.

—¡Hola! —saludó jovialmente—. ¿Cómo van las cosas?

—¿Ha hablado usted con mi padre? —preguntó Evelyn, con voz tensa.

—Sí, en efecto... pero nada que deba inquietarla a usted, jovencita. Eso es: suspire... No se preocupe, todo va bien. Por el momento, he cobrado los desperfectos de mi barco. La señora Sangster se ha mostrado muy razonable. ¿Qué tal, chicos?

Evelyn se volvió hacia Terry y Niño, les hizo una seña, y ellos se alejaron, renuentes, hoscas. Joe se dedicó a contemplar con gesto amable y simpáticamente admirativo a Evelyn, que estaba en bikini, todavía húmedo el espléndido cuerpo.

—No la he visto en la piscina al llegar, nena.

—Estaba en la playa. Pero Niño le vio, y corrió a avisarme.

—Ah. Oiga, es usted preciosa, Eve. ¿Cenamos juntos esta noche?

Evelyn parpadeó. Y de pronto, sonrió.

—¿Por qué no? —replicó—. Aunque le advierto que mis cenas suelen resultar un poco caras.

—En estos momentos soy un hombre rico... aunque voy a necesitar todo el dinero para reparar los destrozos en mi Shark. ¿A las ocho en Bardon's?

—Es un buen sitio. A las ocho. Espero que no suceda ningún imprevisto que me impida acudir, pero si así fuese, ¿le llamo a algún sitio

determinado?

—Yo la llamaré a usted a las seis. ¿De acuerdo?

—Muy bien. Y ya que hemos dejado solventada la parte agradable del asunto, señor Masters...

—Joe. Solo Joe —sonrió este—. O si quiere tomárselo en serio, Joseph.

—Creo que Joe está bien, si usted me llama Eve —rio ella—. Pero hablemos en serio, Joe; ¿qué piensa hacer?

Joe estuvo unos segundos mirando fijamente a la muchacha. De pronto, asintió con un gesto, la tomó cachazudamente por la cintura, y ambos echaron a andar hacia el sendero que conducía a las verjas.

—Muy bien, vamos a hablar en serio, Eve. Yo tomé unas fotografías el otro día, de su madrastra y de un sujeto. Evidentemente con el jaleo que se organizó, aquel sujeto se enteró de que alguien había conseguido llegar hasta aquí y tomar esas fotos... ¿Correcto?

—Sí. Claro que se enteró.

—Bien. Pero... ¿se enteró también de quién las había tomado? ¿Fue puesto ese sujeto en antecedentes de que el intruso era un tal Joe Masters, que tenía un balandro con el nombre de Shark en el embarcadero de Santa Mónica?

—No... no sé... No lo sé, Joe.

—¿Tú no se lo dijiste?

—¡Claro que no!

—¿Pudo hacerlo Kitty?

—No lo sé. Pero no lo creo.

—Yo creo que sí lo hizo. ¿Quién era el sujeto, Eve?

—No lo sé.

—¡Vamos...!

—No lo sé. Yo no estaba aquí, no lo vi... Niño había visto el nombre de tu barco, eso fue todo, y cuando yo hablé con Kitty llegamos al acuerdo de... de visitarte, y todo eso. No sé si ella habrá informado a... a su amigo de quién fue el intruso, ni sé quién es él.

—Eres un precioso pimpollo, Eve, una jovencita encantadora, tan delicada... pero apuesto a que no te desmayarías si te enseño unas cuantas fotografías. ¿Estás de acuerdo?

—¿Son... son las que...?

—Sí. ¿Te parecería brutal por mi parte que te las mostrase?

—No... No, no.

Joe sacó las arrugadas fotografías, y las entregó a la muchacha, tras soltarla y quedar frente a frente. Observó su reacción al ver las fotografías, pero todo lo que captó fue un leve gesto de disgusto, y una todavía más leve turbación. Se las quitó rápidamente de las manos, y las guardó en el bolsillo.

—¿Y bien? ¿Quién es él?

Evelyn bajó la mirada.

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—No... No. ¿Qué... qué te ha pasado en el brazo?

Joe hizo un gesto de resignación.

—Me lo disloqué peinándome. Eve, me estás mintiendo: conoces a ese hombre, ¿no es cierto?

—Ya te he dicho que no.

—Mientes bastante mal. Y te diré cómo están las cosas: tengo muchos amigos, algunos de ellos periodistas... Estoy seguro de que si les muestro el rostro de este hombre, recortado de una de las fotografías, lo identificarán enseguida. ¿No te parece que es más discreto que seas tú quien me digas quién es él?

—Quizá consiga saber quién es, pero no lo sé ahora.

—Entiendo. ¿Me lo dirías?

—Llámame a las seis.

—Sí, de acuerdo. Bien, tengo algunas cosas que hacer, así que...

—¿Regresas al continente?

—Claro. Lo primero que haré será ingresar este cheque —se tocó el bolsillo— en mi cuenta. O todavía mejor: iré a cobrarlo personalmente.

—¡Eres un desconfiado! —rio Evelyn, de repente—. ¿Quieres que te lleve a Santa Mónica?

—Me ha traído un amigo, con el que tengo que encontrarme en el embarcadero para regresar. Además, creo que el Salambo se lo ha llevado tu padre, ¿no?

—Tengo mi propia lanchita, naturalmente.

—Naturalmente. ¡Tonto de mí!

—Y me encanta navegar... ¿Crees que tu amigo se enfadará si le dejas una nota en su lancha diciendo que... que has encontrado una amiga que te lleva al continente?

—Si se enfadase por eso, no sería un buen amigo —sonrió Joe—; la comprensión entra dentro de las obligaciones de la amistad.

—¡Qué bien te expresas! —rio de nuevo Evelyn—. Bien, ¿te llevo o no te llevo?

* * *

Evelyn había parado el motor, y la lancha quedó a merced del leve oleaje, justo a mitad de travesía entre la isla de Santa Catalina y la costa californiana. Solo cuando la lancha hubo perdido todo impulso miró la muchacha a Joe Masters... que a su vez la miraba con gesto expectante.

—¿Se te ha terminado la gasolina? —murmuró.

—No.

—Mmm... ¿Una avería en el motor?

—No. Es solo que hace un hermoso día para vivir la vida.

Esto era cierto. Indiscutible. Así que Joe Masters no tuvo más remedio que admitirlo, con un gesto. Continuaban mirándose a los ojos... hasta que Evelyn bajó la mirada hasta la boca de Joe, y susurró:

—¿Te duele mucho el brazo?

—Según para qué.

—Para besarme, por ejemplo —volvió a mirarlo a los ojos.

—¿Es un capricho?

Evelyn sonrió, se iluminó su bello rostro.

—No, no es un capricho cualquiera, pero... ¿qué importaría si lo fuese? Muchas personas son muy caprichosas. ¿Por qué no podría serlo yo?

Joe Masters pensó de nuevo en Clementina Fisher. Evelyn tenía razón: hay muchas personas caprichosas en el mundo.

Como Clem Fisher, por ejemplo. Y como la propia Evelyn. Solo que esta no hacía daño a nadie con sus caprichos. De todos modos...

—No me gusta que se me considere un capricho, Eve.

—Muy bien —parpadeó lentamente la muchacha—. Puedo tomarlo todo lo en serio que quieras, Joe...

—¿Y cómo debo tomarte yo a ti?

—Creo que será mejor que eso lo decidas... después.

Le ofreció la boquita. Joe la besó. Era una boquita muy tierna, fresca por la espuma de mar. Y, claro, sabía a mar. Era una boca mucho menos... eficaz que la de Clem Fisher, pero deliciosa.

El primer beso se lo dieron de pie.

El segundo, medio tumbados en la pequeña cubierta de la lancha.

Entre el segundo y el tercero, Evelyn se quitó el bikini. El sol se reflejaba con tonos dorados en su tersa piel de seda. Durante el tercer beso, Joe acarició con su mano útil los senos de la muchacha. Durante el cuarto, largo, larguísimo, las caricias se fueron intensificando. Y durante el quinto Evelyn comenzó a corresponder a ellas.

El sol hacía arder sus cuerpos.

Después del sexto beso, que los dejó sin aliento, Evelyn suspiró:

—¡Oh, Joe...!

Joe la complació. Ella se abrazó a su cuello, gimió hondamente cuando él la poseyó, y hubo en sus caderas, en su vientre, un largo estremecimiento de ansiedad.

—Joe... Joe...

Sobre la espalda de Joe, el sol lanzaba rabiosos latigazos de fuego, mientras la lancha se mecía al compás de las olas... y del amor. O del capricho, que todo vale.

CAPÍTULO VII

—Supongo que ella puede oírme —murmuró Joe.

—Desde luego —asintió la enfermera—, pero aunque está fuera de todo peligro es mejor no fatigarla.

—Lo entiendo perfectamente. ¿Puede dejarnos solos unos minutos?

La enfermera titubeó; pero Joe Masters le sonrió, y ella acabó también por sonreír.

—Sea prudente, señor Masters, ya que tanto parece apreciarla.

—Lo seré.

La enfermera salió de la habitación, y Joe acercó una silla y se sentó junto al lecho ocupado por Edna Hurst, que parecía dormida. Joe se quedó mirándola, oyendo la profunda y acompasada respiración de Edna. La amable, complaciente, simpática, alegre, vital Edna. La buena amiga. Siempre se habían entendido bien, quizá porque los dos eran muy iguales de carácter: serios y tercos en lo profesional, alegres para afrontar el resto de las cosas. Aunque una paliza no era algo que pudiera afrontar alegremente, desde luego.

¿Era también caprichosa Edna Hurst? Pues, la verdad, sí. ¿Qué había entre ellos, a fin de cuentas, sino un simpático y cálido capricho? Se gustaban, simpatizaban, y cuando les venía de capricho, gozaban de su mutua simpatía, sin darle ninguna transcendencia. Eran dos buenos amigos que se complacían el uno al otro. Caprichos que no tenían por qué sofocar.

Joe se dio cuenta de que estaba con el ceño fruncido.

Muy bien, en definitiva iba a resultar que todos eran caprichosos, cada cual a su manera. Todavía le quemaba en los labios el último beso de Evelyn al despedirse, pese a que hacía mucho, mucho rato de eso. ¿Había sido un capricho para ambos? Recordando la expresión de los ojos de Evelyn, Joe comenzó a dudar de que todo en la vida fuesen caprichos. Ella había sido tan... dulce y al mismo tiempo apasionada. ¿Cómo sería Clem Fisher en aquella... actividad? ¿Fuerte, violenta, dulce, sumisa, directora, comparsa...?

Joe movió la cabeza, como queriendo alejar todos estos pensamientos. Se inclinó un poco, y tomó una mano de Edna, para acariciarla suavemente. Hubo un suspiro más profundo en el pecho de Edna, y un parpadeo en sus ojos, que abrió de pronto. Se quedó mirando el techo. Luego, al bajar la mirada hacia su mano, vio el sonriente rostro del fotógrafo aventurero.

—Joe... —susurró.

—Hola, querida. Estás muy fea con el ojo hinchado y la cara llena de parches.

En los partidos labios de Edna se esbozó una sonrisa, que ella retuvo en el acto al sentir el dolor. Pero sus ojos chispearon con alegre energía.

—Tú estás muy guapo —hablaba en susurros.

—Como siempre. Bueno, ya sabes que no te vas a morir, ni tendrán que amputarte la nariz, ni nada de eso. Simplemente, un par de semanas de vacaciones.

—Ya me hacían falta.

—A todos nos van bien las vacaciones.

—Joe... ¿y las fotos?

—Las tengo.

—¡Bien! En cuanto salga de aquí...

—Tranquila, tranquila. Y no temas: te las reservo. Aunque alguien me pagase por ellas cien millones de dólares, solo tú las vas a publicar.

—Te adoro, Joe.

—Y yo a ti ¿Sabes?, encontré a los dos tipos que te dieron la paliza, y los envié al hospital. ¡Caramba, ahora que pienso...! ¡Quizá los hayan traído a este mismo hospital! ¡No te digo!

—¿Cómo los encontraste?

—La verdad es que ellos me encontraron a mí. Bueno, no voy a cansarte con una explicación larga ahora; solo te diré que a uno de ellos le metí una bala en el pecho, y al otro le abrí la cabeza como si fuese un coco.

El ojo sano de Edna estaba desorbitado.

—¿Tú hiciste eso? ¿Lo hiciste, Joe?

—No me gusta que maltraten a mis amigos. Bueno, tengo órdenes severas de no cansarte, así que me voy. Solo quería que supieras que todo va bien, y que tu joven gigoló Joe Masters sigue en el asunto.

—Joe, no me hagas... reír... ¡Me duele todo!

—Pues no rías, Edna, tú ves fotografías de mucha gente, manejas toda clase de noticias... Quiero que eches un vistazo a la cara del sujeto que se estaba tirando a la Flowers, a ver si lo conoces. ¿Te parece bien?

—Estoy loca por ver esas fotos.

—Te las iré pasando.

Las sacó del bolsillo, las colocó sobre la cama, y colocó la primera ante el rostro de Edna, utilizando la mano derecha. Edna desvió la mirada hacia su brazo izquierdo, que pendía con gesto natural, pues Joe no había querido que le viera de otro modo.

—¿Te pasa algo en el brazo, Joe?

—He tenido una embolia. Vamos Edna, no digas tonterías... ¿Qué me dices de la foto?

Edna la miró, y en sus ojos apareció como un chispazo.

—Vaya... ¡Se lo pasa bien la gente!

—Incluidos nosotros —rió Joe—. ¿Conoces al tipo?

—Sí, creo que sí, pero no recuerdo su nombre... Desde luego, lo conozco, lo he visto antes, no recuerdo dónde ni cómo...

—Te estás fatigando, así que me marchó. No creo poder volver a verte hoy, pues tengo muchas cosas que hacer, pero iré llamando para saber cómo sigues, y para que me digas si recuerdas el nombre del sujeto de la foto. ¿Okay?

—Siento no recordarlo ahora, Joe.

—Tranquila. ¿Dónde puedo besarte para despedirme?

El cuerpo de Edna Hurst se estremeció con la risa difícilmente contenida. Joe alzó la mano que había acariciado, y la besó. Luego recogió las fotografías, mirándolas con irritación. ¿Por qué demonios tenía que resultar tan difícil identificar al sujeto que estaba con Kitty Flowers? ¿Y por qué tanto empeño en ocultar su personalidad? Kitty Flowers ni mencionarlo. En cuanto a Evelyn, Joe estaba seguro de que la muchacha sabía quién era el hombre, pero que por el momento había optado por no decírselo...

Estaba mirando la cara del sujeto, vuelta hacia el objetivo de la cámara, cuando, por primera vez, decidió mirar verdaderamente el resto de la fotografía. Curioso: hasta el momento solo había mirado los cuerpos de los amantes, y en especial el rostro del hombre. Pero de repente, porque sí, miró con detenimiento el resto de la fotografía.

Y se irguió vivamente.

Acto seguido se puso en pie, y se acercó con las fotografías a la ventana, a plena luz solar. Las fue pasando una a una, despacio...

—¿Qué pasa, Joe? —se interesó Edna.

Joe se guardó las fotografías, volvió junto a la cama, besó a Edna ahora en la frente, y le guiñó un ojo.

—Te iré llamando.

En el momento en que salía de la habitación, la enfermera se disponía a entrar. Joe señaló hacia dentro.

—La dejo viva y en buen estado, ¿de acuerdo? Hola, sargento.

La enfermera sonrió a Joe, y entró en la habitación. El sargento Howells se acercó más, y ofreció a Joe un cigarrillo, muy amable.

—¿Qué tal, señor Masters?

—Espléndidamente. Gracias por su interés... y por el cigarrillo. Oiga, no me estará usted siguiendo, ¿eh?

—Lo intentamos, pero se nos esfumó. Además, solo he venido a mostrarle unas fotografías a la señorita Hurst.

—Ah. Pues muy bien, ella está ahora en condiciones de atenderle, así que...

—Señor Masters, ¿no quiere saber de qué fotografías se trata? Aunque solo fuese por curiosidad profesional...

—Si lo quiere es que yo las vea también, adelante.

Howells sacó parsimoniosamente un sobre del bolsillo, y lo tendió a Joe. Las fotografías correspondían, como Joe había barruntado, a Oliver y James, tal como él los había dejado. O sea, en pésimo estado.

—Vistas —dijo, devolviéndolas.

—¿Qué le parecen?

—No son muy buenas.

Howells sonrió, al parecer divertido.

—Estos hombres son los que dieron la paliza a la señorita Hurst. O así lo creemos, porque uno de ellos, pelirrojo, tiene una gran peca que coincide con la descripción que se nos hizo.

—Me alegro de que los hayan atrapado.

—No los atrapamos nosotros. Alguien avisó por teléfono de que estaban en un callejón, que enviaran una ambulancia. Uno de ellos tiene la cabeza hecha fosfatina, y el otro un balazo en el pecho que todavía puede costarle la vida. Estaban indocumentados.

—Sargento, ¿por qué me cuenta todo eso?

—Pensé que quizá le interesaría.

—Todo lo que puedo decirle es que sea lo que sea lo que les pase a esos tipos, me alegro. ¿Puedo marcharme? Le aseguro que tengo muchas cosas que hacer.

El sargento Howells se guardó las fotografías, y tendió una tarjeta a Joe.

—Si por casualidad tuviera algo que decirme en algún momento, llame a este número, y el recado me llegará. ¿Le pasa algo en el brazo?

—¿En qué brazo? Es que tengo dos, ¿sabe?

—En este —dijo Howells, sonriendo, pero dando una palmada al brazo izquierdo de Joe.

Este lanzó un berrido, palideció, y se quedó mirando con expresión desorbitada al policía.

—¿Está loco, maldito sea? —aulló—. ¿Qué se propone?

—Bueno, señor Masters, comprenda que yo no podía saber que está usted herido...

—¡Pero qué herido no qué leches...! ¡Lo que pasa es que es usted un manazas! ¡Váyase al diablo!

Pero quien se fue del hospital fue el propio Joe.

* * *

Clementina abrió la puerta, abrió mucho los ojos primero, y luego se quedó mirando con maliciosa sonrisa a Joe, que masculló:

—Hola. ¿Puedo entrar?

—Le advierto que mi marido no está, señor Masters.

—Escuche, no he venido en plan de cachondeo —dijo Joe, entrando y

cerrando la puerta—. He venido a trabajar, simplemente. ¿Puedo utilizar el laboratorio?

—Senos Masters, todo lo que hay en este apartamento puede ser utilizado por usted a su gusto y conveniencia.

Joe le dirigió una hosca mirada. Al menos, Clementina estaba normalmente vestida esta vez. Aunque ya no sabía cuándo estaba más provocativa; en esta ocasión llevaba una falda que podía considerarse normal, pero el fino jersey azul de hilo moldeaba su torso como si ese fuese su único cometido, en lugar de ocultarlo. Los senos de Clementina eran absolutamente fantásticos.

—En ese caso, prepáreme un bocadillo —replicó por fin Joe—. Estoy toda la mañana en danza, y no he tenido tiempo de almorzar. ¿Okay?

—Okay. ¿Cómo va el brazo?

—¿Cómo está su marido? ¿Y los niños?

—Oh, todos bien... Mi marido sigue en Frisco, y los niños están con unos amiguitos jugando. Estamos terriblemente solos.

—Escuche, Clem; usted es la tía más buena que me he echado a la cara, de modo que atienda este consejo; ¡no siga provocándome!

—¿Por qué se enfada tanto? ¿Le molesta gustarle a una mujer?

—Se lo advierto; ¡no me provoque más!

—¿Y qué quiere que haga? ¡Es superior a mis fuerzas! Esta noche he soñado con usted, no puedo dejar de recordarlo... ¡Estoy locamente enamorada, Joe!

—¿De mí?

—Empiezo a pensar que eres tonto —refunfuñó la muchacha.

—Yo pienso peores cosas de usted. Mire, tengamos la fiesta en paz. Deme un bocadillo y una cerveza, me encerraré en el laboratorio, y hágase cuenta de que no existo. ¿Está claro?

—De modo que el amor no cuenta para ti...

—¡Pero qué amor ni qué huevos viudos, jolines, ya...! Lo que pasa contigo, gatita, es que se te ha metido en el coco el capricho de meterle cuernos a tu marido, y yo no juego a eso. Y te diré más: estoy hasta el hígado de gente caprichosa. ¿Okay?

—Eres un pedazo de adoquín —dijo Clementina—; te traeré tu bocadillo.

* * *

Joe salió del laboratorio con un montón de ampliaciones. Se sentó en el sofá, mirando a Clementina, que ocupaba uno de los sillones, con un libro en las manos. Pero lo dejó enseguida, y se quedó mirándolo inquisitivamente.

—¿Estaba bueno el bocadillo? —preguntó.

Joe frunció el ceño, y se dedicó a examinar con gran detenimiento las fotografías ampliadas al máximo tamaño que había permitido el laboratorio de Clementina. El pequeño detalle que le había llamado la atención mientras visitaba a Edna se veía ahora con más posibilidades de ser identificado. Pero podía equivocarse...

—Gatita, ¿quieres hacerme un favor? —masculló.

—¡Oh, sí, encantada! ¡Por fin has...!

—Te lo advierto: si sigues provocándome la cosa terminará mal... para tu marido. ¿Todavía no han regresado los niños?

—Les gusta mucho jugar.

—Lógico. ¿Quieres echarle un vistazo a estas ampliaciones? Pero no a los protagonistas.

—¿A qué, entonces?

—Tú mira las fotos. Luego ya veremos.

Clementina se acercó, tomó las ampliaciones, y las fue mirando con gran interés. De pronto, desvió vivamente la mirada hacia Joe, que la miraba expectante.

—Parece... Bueno, no estoy segura, pero...

—Di lo que tengas que decir, lo que se te haya ocurrido.

—Bueno... Parece que en esta ventana hay alguien... Casi no se ve, porque está la sombra del toldo, pero yo diría que hay alguien, o algo que brilla... No se ve muy bien. ¿Cómo has podido darte cuenta, mirando las copias pequeñas?

—Porque soy fotógrafo —gruñó Joe—. ¿Qué te parece que ves ahí exactamente?

—Pues... una persona, y algo que brilla...

—¿Eso es todo lo que ves, todo lo que se te ocurre?

—No tengo tan buena vista como tú.

—Es evidente. Pero aceptemos eso, sin más. Si en esa ventana hay una persona, debía estar viendo perfectamente lo que sucedía en el jardín, junto a la piscina. ¿No te padece?

—Claro. ¡Cielos...! ¡Estaban viendo a Kitty Flowers y su amigo mientras... mientras...!

Joe Masters ladeó la cabeza y entornó los párpados.

—Esta mañana —susurró— estuve hablando con Kitty Flowers. Nada más aparecer, quiso hacerse la... insustancial, la tonta, preguntándome si bailábamos. Pero no es tonta, y me di cuenta de ello inmediatamente. Y si no es tonta... ¿no se le ocurrió pensar que alguien podía verlos desde una ventana?

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé. Pero todavía hay otra cosa... Mira al tipo que está con ella, dándose el gran gusto. No es nada del otro mundo, ¿verdad? Malcom Sangster es más alto, fuerte y atractivo que él. Y no te digo nada, sin ir más

lejos, aquel par de tontos llamados Niño y Terry, que son bellos y atléticos. ¿Un capricho? Bueno, puestos a tener caprichos de esta clase, ¿a quién elegirías tú? ¿A mí... o al sargento Howells, por ejemplo?

—¡Siempre a ti! —rio Clementina.

—Pero si elegías a un tipo más birria que yo, y hasta más birria que tu marido, sería por algo, ¿no?

—Porque me convendría, claro.

—Necesito saber cuanto antes quién es este tipo de la fotografía... ¡Tengo que saberlo cuanto antes! Tráeme unas tijeras.

—¡Cielos! ¿Que es lo que vas a cortarte?

Joe le dirigió una furibunda mirada.

—Clementina, deja de provocarme, es la última vez que te aviso.

—Te traeré las tijeras.

Joe dejó a un lado las ampliaciones, y se acercó al teléfono. Le costó tres intentos localizar a la persona buscada. Clementina, tijeras en mano estaba frente a él, mirándole sonriente. Joe señaló las ampliaciones.

—Recorta la cabeza del hombre, ¿quieres? La voy a... ¿Sam? ¡Hola! ¿Qué tal, tío bueno?

—¡...!

—El mismo. Oye, ¿puedes dedicarme media hora de tu precioso tiempo?

—¿...?

—No, hombre, por teléfono, no. Te invito a un trago. Puedo ir adonde quieras, a fin de que no tengas que perder tiempo en viajes. Hey, ¿qué te parece en *The Sun*, aquel bar que tenéis junto al periódico?

—¿...?

—¡Estupendo! Estaré ahí en veinte minutos, más o menos.

—¿...?

—Ya te lo diré. Hasta ahora, Sam.

Colgó, y se frotó las manos alegremente. Clementina le tendió la cabeza recortada del hombre que estaba poseyendo a Kitty Flowers.

—¿Quién es ese Sam? —preguntó.

—Uno de los periodistas más pelmas del país... ¡Lo sabe todo! Y yo soy un cretino; debí recurrir a él mucho antes, y no darle tantas vueltas al asunto. Bien, gracias por todo, y hasta la vista.

—¿Voy contigo?

Joe la miró torvamente unos segundos. De pronto, la agarró por la cintura con el brazo, y la atrajo rudamente contra su pecho. Antes de que ella pudiese reaccionar, ya se había apoderado de su roja y jugosa boca, en la que disparó un beso tremendo. Tanto, que la muchacha tuvo que colgarse de su cuello, pues las piernas comenzaron a fallarle. Joe soltó la cintura de Clementina, pero ella emitió un gemidito de protesta, y se apretó más, su boca se entregó más completamente a la de Joe... que la apartó de pronto, y masculló:

—Os odio a los dos... ¡A ti y a tu marido!

—Joe, tengo que...

—Aparta.

—Espera. Quiero decirte...

—Te digo que te apartes —graznó Joe, metiendo su mano entre los cuerpos de ambos, y empujando a Clementina presionando los hermosísimos senos—. Y te voy a hablar en serio: no te acerques más a mí para nada. ¿Estamos? ¡Y también odio a Edna, por no enviarme un buceador masculino en lugar de una mujer casada y con niños!

—Puedo divorciarme —sonrió Clementina—. Vamos, Joe, no seas tan... tan considerado. Si te gusto... ¡aquí me tienes!

—Eres un putón calientatíos —masculló Joe—. ¡Vete al huevo!

* * *

Sam Daugherty apareció cuando ya Joe se estaba dando a todos los demonios y estaba consumiendo furiosamente su segundo whisky, esta vez solo con hielo. Cuando el periodista se sentó frente al fotógrafo, este lo miró lanzando llamaradas de furia por los ojos.

—Te dije en *The Sun*, pero en el bar, no en el sol del cielo —gruñó.

—Buen chiste —sonrió Sam—. ¡Muy bueno!^{1} Bueno, Joe, tómatelo con calma, hombre. Piensa que si en lugar de ser tú me hubiese estado esperando cualquier otra persona, no habría venido. Eso aparte, solo puedo dedicarte un par de minutos, en estos momentos. ¿De acuerdo?

—¿Qué es lo que pasa?

—Compra el periódico por la mañana. Bien, ¿en qué puedo ayudarte?

Joe asintió, y colocó ante su amigo la cabeza recortada del hombre que había intimado tan a fondo con Kitty Flowers.

—¿Lo conoces? —masculló.

Sam Daugherty miró el recorte fotográfico. Solo un instante, pues su mirada pareció rebotar, sobresaltada, hacia los ojos de Joe Masters.

—¿Qué significa esto? —exclamó.

—¿Cómo que qué significa? ¡Solo te he preguntado si conoces a este sujeto!

—Un momento, un momento... Bueno, Joe, somos amigos, ¿eh?

—Vaya pregunta idiota... ¡Claro que somos amigos!

—Y no vamos a engañarnos, ¿verdad? Yo soy un buen periodista, y tú eres uno de los fotógrafos con más agallas del país, metes tu objetivo donde te da la gana, consigues siempre lo que quieres... ¿Estamos de acuerdo?

—Vale —entornó Joe los ojos—. ¿Y qué?

—Hagamos un trato. ¿Qué te parecería firmar un artículo conmigo?

—Ah, muy bien. Gracias por el privilegio.

—Nada de privilegios. Es un trato profesional. Los dos podemos hacer algo grande, si nos aliamos. ¿Sí?

—Conforme, conforme. Y ahora, dime quién es este tipo.

—Dime primero qué significa esta foto.

—No. Después. ¿Quién es, Sam?

—¿No lo conoces?

—¡Me estás fastidiando!

—Ha estado apareciendo hoy en todos los noticieros de la televisión — el dedo índice de Sam golpeó el recorte fotográfico—, de modo que me sorprende mucho que me preguntes quién es.

—No he visto televisión hoy. He estado ocupado. ¿Quién es?

—Ernest Ellison, naturalmente. Vamos, Joe... ¿estás en la luna?

—No, en el sol.

—Otro chiste bueno —sonrió secamente Daugherty—. Bueno, ya sabes quién es: Ernest Ellison, el hombre que desde hace varias semanas estaba preparando su imagen para presentarse a senador por el Estado de California en las próximas elecciones.

—Vaya, un pez gordo... ¿Estaba? ¿Cómo que estaba?

—Se lo cargaron esta noche.

—¿Lo han matado? —respingó Joe.

—A balazos.

—¿Quiénes lo han hecho?

Sam lo miró hoscamente.

—Hemos hecho un trato, ¿no? —gruñó.

—Sí, claro. Por eso te pregunto...

—¡Demonios, yo creía que tú sabías todo eso, y que, precisamente, estabas dispuesto a colaborar conmigo!

—¿Cómo quieres que yo sepa quién ha matado a este hombre? Sí, ahora recuerdo... Ernest Ellison, es cierto... Bueno, no era precisamente un trabajo propio de mí, no había ninguna dificultad en tomarle fotos, ni hacerle entrevistas...

—¡Dime por qué tienes esta foto de él recortada de otra!

—No has pedido tu whisky —dijo Joe.

—¡Joe...!

—Tranquilo. Pide tu whisky, y tómallo con calma mientras yo telefono.

—Si pretendes tomarme el pelo...

—Tengo que llamar a una dama, eso es todo.

—Joe, no es momento para esas cosas. Tenemos...

—Estás equivocado —murmuró Joe Masters—. Estás muy equivocado, muchacho. Pide tu whisky.

Joe se puso en pie, y se dirigió hacia el fondo del bar mirando su reloj. Todavía faltaban unos minutos para las seis, pero no era probable que Evelyn se enfadase por su impaciencia en volver a oír su voz, verla de

nuevo, abrazarla...

CAPÍTULO VIII

Cuando separó sus labios de los de ella, Evelyn suspiró, y apoyó el rostro en su pecho. Un poco más allá, Niño y Terry, que ya habían varado la lancha en la arena, los miraban en silencio. Ahora parecían muy amigos de Joe Masters, al que habían ido a recoger al embarcadero de Santa Mónica con la lancha de Evelyn.

Comenzaba a oscurecer.

Joe Masters apartó un poco a Evelyn, suavemente, preguntó:

—¿Te encuentras mejor?

—Oh, sí, Joe —le miró ella, con ojos relucientes—, pero la verdad, no tenía ganas de salir esta noche. ¿Te molesta?

—Claro que no, mi vida —Joe la besó en la boquita—. A mí me tiene sin cuidado ir a Bardon's. Lo que me importa es estar contigo. Aunque... es una situación un tanto... violenta, ¿no te parece?

—¿Por qué? —se sorprendió ella.

—Vamos, Eve... Hace cuarenta y ocho horas estuve aquí tomando fotografías que...

—¡Oh, pero eso ya lo arreglaremos, Joe! ¿Qué tiene que ver con lo nuestro?

—Pues... realmente...

—¿Acaso has entregado las fotografías a alguien?

—Claro que no. Las tengo bien guardaditas.

—Entonces, no hay que preocuparse por nada. Ese asunto lo arreglaremos cuando tú quieras... ¡Y hasta entonces, no hablemos más de ello!

—De acuerdo. Pero tienes que admitir que la situación no es normal. Lógicamente, Kitty estará muy enfadada conmigo, ya que me considera un chantajista, y...

—¡Pues no lo seas! —rio Evelyn.

—¿Qué quieres decir?

—Bastaría que le entregaras las fotografías y los negativos, y asunto terminado. Pero, un momento, Joe Masters —lo miró con fijeza—; no creas que yo estoy ahora engatusándote, ¿de acuerdo?

—Francamente, había empezado a pensarlo.

—Pues no señor —se enfadó Evelyn—. Mira, vamos a entrar en la casa, cenaremos con ellos, charlaremos... Luego, tú y yo saldremos a pasear un ratito por el jardín... Lo demás, ya se resolverá. Y será del modo que tú quieras. En cuanto a Kitty, no te preocupes por ella, que sabrá fingir

admirablemente. Lo único que has de procurar es que mi padre no se dé cuenta de nada.

—Está bien.

—Pues vamos a la casa —Evelyn se abrazó a su cintura, y echaron a andar—. ¿Cómo está tu barco?

—Hecho un asco. Pero mañana empezaré a ocuparme de él, y de reponer todo el material, montar un nuevo laboratorio... Precisamente, aprovecharé la ocasión para modernizar algunas cosas.

—Me alegro de que se haya arreglado todo bien —rio la dulce rubita—. Pero mientras tanto, si quieres puedes quedarte aquí, hasta que todo esté arreglado... ¿O ya tienes sitio adonde ir?

—Estuve en un hotel, no es problema.

—¡En un hotel...! ¡Joe, no me digas que tienes escondidas las fotografías y los negativos en un hotel!

—No, no. Estar, a salvo, descuida.

—¡Menos mal! Habría sido terrible que aprovechando que tú estás aquí alguien fuese a llevarse todo eso... De todos modos, es de suponer que solo habrás dicho que venías aquí a personas de toda tu confianza.

—Ni siquiera eso. ¿Por qué tendría que dar explicaciones a nadie? He venido aquí, y eso es todo. A nadie le importa lo que yo haga o deje de hacer.

—Mejor. Si nadie sabe que has venido a casa, mejor todavía. ¡Si te robasen esas fotografías...!

—Que no, mujer —rio Joe, deteniéndose—. Puedes estar segura de que están a salvo.

—¿Por qué te detienes?

—Porque no me gusta que esos dos bobos nos sigan —señaló hacia Niño y Terry, que tras ellos se acercaban también a la casa.

—No nos siguen —rio Evelyn—. Simplemente, ellos también vienen a la casa. Vamos, Joe, no seas rencoroso con ellos... ¡Tendría que ser al revés, pues les diste una buena zurra!

—Eso es cierto —sonrió Joe—. ¿Sabes?; me estoy preguntando si eso de salir luego a pasear por el jardín lo has dicho con alguna intención concreta, determinada y... amatoria.

—Claro que sí, tonto —susurró Eve; le besó en los labios, y volvió a abrazarse a su cintura—. Anda, vamos a la casa. Nos deben estar esperando para tomar el aperitivo.

Malcom Sangster, que se volvió al oírlos entrar, alzó las cejas al ver a Joe, y exclamó:

—¡Caramba, pero si es el fotógrafo de esta mañana...!

—¿Qué tal, señor Sangster? —saludó Joe—. Señora Sangster...

—Bien venido —sonrió Kitty Flowers, que estaba radiante con sus joyas y un precioso vestido de noche; se echó a reír de pronto—. ¡Es usted un

hombre terrible, señor Masters!

—¿Terrible? ¿Por qué dice eso?

—Bueno, vino esta mañana a hacerme proposiciones a mí, y como no pudo hacerse nada al respecto, está claro que se las hizo a Eve.

—¿Qué clase de proposiciones? —exclamó Malcom, acercándose a la pareja y tendiendo una copa con Martini a Joe—. ¿De qué estáis hablando?

—Oh, papá, no puedes ser tan despistado —protestó Evelyn—. Te dije que iba a invitar a un amigo que había conocido hoy. ¿No lo recuerdas?

—¡Claro que le recuerdo! Pero no sabía que fuese el fotógrafo...

—Te lo dije —se impacientó Evelyn—. Te dije que lo había conocido aquí mismo, después que tú te marchaste con el yate.

—Ah, sí, sí, es cierto, sí... Bueno, señor Masters, ¿no le gusta el Martini?

—Me encanta —sonrió Joe—. Lo que no me gusta demasiado es que me llamen «señor Masters». Me hace sentirme viejo.

—Pues entonces, Joe a secas —rio Malcom, dándole una palmada en el hombro—. ¿Qué le pasa?

Joe le dirigió una torcida sonrisa.

—Nada, nada...

—Pero me ha parecido... ¡Ahora recuerdo! —Sangster se dio una primada en la frente—. Tenía el brazo en un pañuelo, se había dado un batacazo... Lo siento de veras, muchacho.

—No se preocupe.

—Joe es lo bastante fuerte para soportar eso —dijo almibaradamente Kitty—. O al menos, lo parece. De todos modos, debe ir con cuidado... ¿Cómo se dio el batacazo?

—Me caí de la cama.

Se quedaron mirándolo los tres con los ojos muy abiertos, Malcom Sangster rompió a reír.

—¡Tiene sentido del humor! ¡Estupendo:

—Sí, es muy simpático —dijo Kitty Flowers.

—Yo también tomaré un Martini —dijo Evelyn—. ¿Quieres otro, Joe?

—Quizá prefiera algo más fuerte —sugirió Malcom—. A fin de cuentas, un buen whisky sirve de magnífico aperitivo.

—Vamos, Malcom —reprendió Kitty—. ¡No se debe beber whisky antes de la cena!

—¿Cómo que no? Entonces, ¿a qué hora se bebe el whisky?

—Quiero decir, inmediatamente antes de la cena —puntualizó Kitty—. Espero que será de su agrado, Joe.

—¿Le gusta la langosta, muchacho? —preguntó Malcom—. Claro que... ¿Por qué me mira así?

Joe Masters, que se había sentado cómodamente en un sillón, estaba mirando a Malcom Sangster de un modo especial, en efecto: con todo el cachondeo del mundo, con guasa infinita. Mirada y gesto con que obsequió

también a Kitty Flowers y la bella Evelyn, que le miraban expectantes.

—Sigan, sigan —dijo Joe, sonriente—. Por mí no dejan de hacer el idiota; ¡lo estoy pasando de fábula!

—¡Joe! —exclamó Evelyn—. ¿Qué... qué dices...?

—Digo que sigáis haciendo el idiota todo cuanto os venga de gusto, amor mío. Querido muchacho por aquí, Joe por allá, Martini o whisky, langosta, aquí tiene a mi hija para tirársela si le viene de gusto... ¡A la mierda! ¿Con qué clase de cerebro creéis que estáis tratando? ¿Con el de un mongólico?

—Me parece que se le ha subido el Martini a la cabeza —sugirió Kitty—. ¡Claro! ¡Se lo ha bebido tan rápido!

—Y sin temor a venenos —dijo Joe—. ¿Y saben por qué? Pues porque ustedes no me matarían nunca hasta saber dónde tengo los negativos y las copias. Y es por eso precisamente que han montado todo este tinglado amable, y Evelyn me dijo por teléfono que le dolía un poco la cabeza para salir, que yo podía venir aquí... La red ha sido bien tendida: ¡incluso con un par de sensacionales polvos marinos! Bueno, los dos lo pasamos divinamente, ¿no es así, Evelyn?

—Eres un grosero, Joe.

—Y tú una... Bueno, no quiero ensuciarme la boca. Pasemos a cosas serias, si les parece.

—¿Por ejemplo? —inquirió secamente Malcom Sangster.

Joe se puso en pie, sacó de un bolsillo una de las ampliaciones fotográficas, y la extendió ante los ojos de Sangster, sin hacer aprecio alguno del gritito de Evelyn.

—Por ejemplo, esto. ¿Qué ve usted aquí, señor Sangster?

Malcom bajó la mirada un instante a la fotografía.

—Veo a mi mujer fornicando con otro hombre.

—Con el presunto senador Ernest Ellison, el cual, dicho sea sin ánimo de ofender su memoria, era una birria como hombre. ¿No está de acuerdo, señor Sangster?

—Sí.

—Entonces, estamos en el buen camino. Y dígame, señor Gangster... digo señor Sangster, ¿qué más ve usted en la fotografía?

—Nada más.

—¿Cómo, nada más?

—Bueno, la casa, parte del jardín, la pisc...

—No, no, no. Vamos, señor Gangster: le he traído una ampliación de primerísima calidad, hombre. Mire esta ventana... ¿No ve nada en ella? ¿Realmente necesita ir al oculista?

—Tengo muy buena vista —susurró Sangster.

—¿De veras? Bueno, entonces no dudo que se ve usted a sí mismo en esta ventana, con una cámara fotográfica en las manos... tomando

de fotografías de los momentos cruciales del... encuentro entre su esposa y Ernest Ellison. ¿Se ve o no se ve a sí mismo?

—Sí.

—Muy amable. Y buena vista, en efecto. Pero... ¿cómo explicaría usted una actitud tan poco... normal?

—Cada cual se divierte a su manera.

—¡No me diga! ¿Y usted se divierte viendo a su hermosísima mujer con otro hombre? Vaya, si esto es así, yo mismo puedo tener la amabilidad de proporcionarle un rato de distracción, señor Gangster. Le aseguro que, como simple capricho, que por otra parte es más razonable que el suyo, no tengo ningún inconveniente en poseer aquí mismo y ahora a la bellísima Kitty Flowers... ¿Y quién no, demonios? Bien, ¿empezamos, Kitty?

—Me parece —sonrió la actriz— que no es el momento, Joe.

—¿Por qué no? ¡Pero si es solo un capricho de su marido! Desde luego, he conocido gente caprichosa, pero ninguna como él. Es decir, sí hay más gente caprichosa, pero con más lógica. Por ejemplo; el presunto futuro senador Ernest Ellison. Caramba, yo comprendo perfectamente al pobre hombre; ¡nada menos que poder darse el capricho de tener a Kitty Flowers bajo su vientre! Claro que... fue un capricho que le ha costado muy caro. ¿No están de acuerdo?

—Más caro le va a costar a usted haberse metido en esto —dijo fríamente Malcom Sangster.

—¿Más caro que la vida? —se pasmó Joe—. Eso no me parece posible. Además, vanos a llegar a un acuerdo todos nosotros. Y les diré enseguida mis condiciones: quiero un millón de dólares, en efectivo, mañana mismo, y, además, pasar a formar parte a partir de ahora mismo de todo el tinglado que han organizado.

—Aquí no hay ningún ting... —empezó Malcom.

—Espera —le interrumpió Kitty—. Espera un momento, Malcom. Veamos, Joe; ¿entendemos que usted colaboraría con nosotros?

—Ya les he dicho que mi cerebro no es de mongólico. Hay mucho dinero a ganar, ¿no es cierto? Pues quiero mi parte. Y dado el sistema que ustedes utilizan, de fotografías, creo que en mí tendrían un buen colaborador.

—Eso es cierto —sonrió Kitty—, porque Malcom no es precisamente un genio de la fotografía, y de cuando en cuando estropea algunas... escenas.

—Yo no fallo nunca, Kitty. Y ustedes lo saben.

—De acuerdo. Haremos el trato. Hay dinero para todos, Joe.

—Estupendo. ¿Cuál es el juego?

—Tengo ya treinta y ocho años, Joe —murmuró Kitty—. Sí, sí treinta y ocho... casi treinta y nueve. No he sido una actriz demasiado bien aprovechada, y ahora, pensando en el declive físico, que muy pronto ni los mejores maquilladores podrán disimular, hemos tenido que... adaptarnos a

mis posibilidades. ¿Me considera una buena actriz?

—Francamente, no.

—Tiene razón. Sin embargo, con mi cuerpo, mi rostro, mis ojos... he estado triunfando de un modo... aceptable. Hace un par de años, sin embargo, comenzamos a notar que los productores me trataban con menos... interés. Llegó el momento en que tuvimos que recurrir a determinadas amistades para que presionasen a cierto productor a fin de que me ofreciesen un buen contrato. Pero nos dimos cuenta de que no siempre podríamos conseguir contratos por el mismo procedimiento... a menos que forzásemos la situación. Y de aquí partió la idea de... conseguir algunos incondicionales siempre dispuestos a respaldar a Kitty Flowers. Comenzamos precisamente con un productor: me lo llevé a la cama, y cuando el hombre vino a darse cuenta teníamos de él una colección de fotografías que podían ocasionarle toda una hecatombe familiar...

—Fotografías que permanecerían en secreto mientras él fuese ofreciendo ventajosos contratos y gran publicidad a la bella Kitty Flowers, ¿no es eso?

—Exactamente. Bien, ya teníamos en un puño a un productor. Pero la idea era demasiado buena para limitarnos a eso. Además, ¿qué pasaría cuando, definitivamente, ya se me viese «vieja»? Entonces, por mucho que aquel productor u otros quisieran imponerme al público, no les sería posible, dado que, al contrario de otras actrices que al hacerse mayores adquieren mayor calidad interpretativa, yo solo servía para jovencita preciosa. En definitiva, la ruina no tardaría en llegar, no nos engaábamos. De modo que perfeccionamos el sistema, y comenzamos a interesarnos por otros personajes... Personajes importantes, ninguno de los cuales, o prácticamente ninguno, desdeñó la ocasión de acostarse conmigo.

—Es un capricho que comprendo.

—Sí. Bien, lo cierto fue que, poco a poco, fuimos consiguiendo colecciones fotográficas de gente importante: un senador, un general, varios políticos, diplomáticos, el secretario del gobernador de California, un...

—¿Quiere decir que usted se ha pasado por la piedra a todos esos tipos... mientras su marido tomaba fotografías?

—Sí —rio Kitty—, jeso quiero decir!

—Admirable. ¿Y...?

—Y todavía lo fuimos ampliando más, incluyendo en las colecciones a hombres que sabíamos estaban en el buen camino para ser alguien importante en un futuro no muy lejano. Tal como era el caso de Ernest Ellison, por ejemplo. Así, hemos conseguido un... archivo fotográfico que nos permite mirar el futuro con total optimismo económico e influyente. ¿Que necesitamos dinero? Lo pedimos a nuestros «amigos» que disfrutaron del capricho de acostarse con Kitty Flowers. ¿Que necesitamos determinado privilegio, una recomendación, un favoritismo, una

imposición de mis películas...? Pues lo pedimos y ya está. Es fácil comprender que, dominando a gente importante con la amenaza de arruinar su vida política, profesional o familiar, consigamos todo lo que queramos... ¡Y le aseguro que tenemos una buena cantidad de caprichosos en nuestro archivo, Joe!

—Realmente fantástico: una zorra, un cornudo... y una jovencita sin la menor noción de la moral, la decencia ni nada que se parezca a esto. ¡Fantástico! Pero dígame, ¿por qué han matado a Ernest Ellison? ¡Quizá hubiese conseguido ser senador!

—Quizá... siempre y cuando usted no hubiese publicado las fotos, lo que habría dado lugar a un escándalo que habría asustado al resto de nuestros personajes controlados, en realidad, algunos ya intentaron zafarse del lío en que su capricho por mí les colocó, pero no supieron hacer bien las cosas. Uno de ellos, precisamente un secretario del gobernador, se suicidó. A otros dos, que se pusieron realmente difíciles cuando les mostramos las fotografías, tuvimos que... calmarlos de modo definitivo.

—Es decir, que, contando a Ellison, ustedes han asesinado a cuatro personas.

—Más o menos —sonrió Kitty—. Con usted, cinco. ¡Niño!

Hubo una crispación en el rostro de Joe Masters cuando, al mirar hacia la puerta del salón, vio aparecer en esta a Niño y Terry, que le miraron de un modo vengativo, maligno. Por supuesto, disponían de nuevas armas, con las que le apuntaban.

—Pero... ¿están locos? —masculló Joe—. ¡No pueden matarme sin tener antes las fotografías y los negativos!

—Oh, los tendremos muy pronto —dijo Kitty, toda miel—. No crea que va a morir tan fácilmente, Joe. Niño y Terry están deseando cobrarse una pequeña deuda personal... y vengar el infortunio de sus amigos Oliver y James, a los que, claro, habrá que buscar el modo de eliminar antes de que puedan conversar con la policía.

—Oliver y James mataron a Ernest Ellison, ¿no es así?

—Y a otros. Está todo demasiado bien montado para que usted venga aquí a fastidiarnos el grandioso negocio, Joe. Disponemos de archivo, de hombres bien bragados, que cuando las cosas se ponen mal intervienen de modo... adecuado, y, puestos a disponer, disponemos incluso del modo de conseguir que usted nos diga muy pronto, prontísimo, dónde están las fotografías y los negativos. Entiéndalo, si no nos lo dice a las buenas, nos lo dirá a las malas. Terry y Niño, ahora tratándole con más cautela, disfrutarán muchísimo torturándole. Pueden sacarle los ojos, arrancarle las uñas, cortarle la... los... Bueno, ya me entiende. Cosas así. Lo cierto, Joe, es que usted acabará por decirnos cómo podemos recuperar las fotografías y los negativos. Luego lo matarán y lo tirarán al mar. ¿Comprendido todo?

—Sí.

—Entonces, solo se trata de que usted decida si nos entrega todo eso por las buenas, y luego muere sin dolor, o si prefiere que se lo arranquemos con malos tratos. Bien entendido que solo le creeremos, en un caso u otro, cuando ya tengamos los negativos en las manos. ¿Qué decide?

—Tengo una sorpresa para ustedes: no he venido solo a Santa Catalina.

—¿Qué?

—En estos momentos, la casa está rodeada por la policía, al mando de un sargento llamado Howells. Y con la policía, un periodista amiguete mío con el que escribiremos un artículo sensacional ilustrado profusamente con fotografías de toda clase. Seré más rico, más famoso, y me daré muchos caprichos... porque yo también tengo derecho a ser caprichoso, ¿no? Tan caprichoso que hasta me he enamorado de una mujer casada. Dígame, Kitty, ¿qué opina del divorcio?

—¿Pretende tomarnos el pelo? —gruñó Malcom—. ¡Le vamos...!

—Cierre la boca, cornúpeta —le miró desdeñosamente Joe—. Y si quiere convencerse de lo que he dicho, eche un vistazo por la ventana. ¿Creen que no me olí algo así antes de venir? ¿Y creen que soy tan estúpido como para venir aquí solito solo porque una zorripata me diga que le duele la cabecita? ¿De verdad lo creen?

Durante unos segundos, reinó el silencio. Todas las miradas estaban fijas en Joe.

—Terry —susurró Kitty—, ve a ver si eso es verdad.

Terry asintió, y salió del salón. Joe se dejó caer en un sillón, y bajó la mano derecha hacia el zapato... Evelyn fue la primera en darse cuenta de lo que sucedía.

—¡Tiene una pistola! ¡Niño, cuid...!

¡Crack!, restalló el disparo efectuado por Joe Masters. El sobresaltado Niño no tuvo tiempo de nada. Recibió la bala en pleno estómago, soltó un alarido escalofriante, y cayó hacia delante, encogido... Kitty y Evelyn gritaban, y se apretujaban una con otra. Malcom Sangster no sabía qué hacer, estaba lívido, como paralizado...

Fuera del salón se oyeron las rápidas pisadas, de Terry, que regresaba a toda velocidad... Joe apuntó hacia la puerta, y disparó en cuanto vio aparecer a Terry, que lanzó un chillido, no de dolor, sino de sobresalto, y terminó de cruzar ante la puerta, sin haber sido alcanzado, desapareciendo al otro lado...

Fuera de la casa comenzaron a oírse gritos y silbatos, y a encenderse muchas luces.

Joe Masters apuntó con la pistola a Malcom Sangster, a las dos mujeres, y de nuevo a Sangster.

—No sé si Terry será tonto o listo, es decir, si se hará matar o se entregará. Pero sí sé una cosa: al que se mueva de vosotros, tendré el capricho de meterle una bala en la barriga.

—¿Y qué pasó? —preguntó Edna Hurst, con el ojo sano muy abierto y el otro ya bastante visible.

—Pues que Terry fue un idiota, y lo acribillaron; había herido a dos policías. Los demás fueron más listos: están vivos. Pero las van a pasar moradas, pues el sargento Howells se apoderó de todo el archivo, y en cuanto empiece a remover toda la mierda que contenía yo no daría un centavo por Kitty, Evelyn y el gran cornudo.

—¿O sea, que están en la cárcel?

—De momento. Ya veremos qué pasa cuando los juzguemos por los cuatro asesinatos. Bueno, tres y un suicidio. Y espera a que Oliver y James empiecen a charlar... ¡Se acabó el juego, eso es todo!

—Y todo, por unas fotografías tuyas.

—Ya ves. A propósito, habrá que pagar sus servicios a la señora Fisher, porque...

—¿Te refieres a Clem?

—A Clementina, claro.

—¿Por qué la llamas señora?

—Hombre, ¿cómo la voy a llamar? Si está casada y tiene dos niños... ¿De qué te ríes?

—¿Quién está casada y tiene dos niños? ¿Clem? ¡Pero qué dices, hombre...!

—¿No está casada?

—¡Claro que no!

—¿No tiene niños?

—¡Que yo sepa, no! ¡Esta sí que es buena...!

—La madre que la parió... ¡Y yo que estaba desesperado porque me había enamorado de ella y no quería fastidiar a dos niños!

—Oh, Joe, ¿acabo de perder un amante? —gimoteó sin dejar de reír Edna Hurst.

—Desde luego que sí. ¿Y sabes por qué? ¡Pues porque...! ¡Maldita sea, le voy a devolver la jugada, le voy a dar un escarmiento que nunca olvidará...!

ESTE ES EL FINAL

—...Y en fin —dijo Joe Masters, tras explicar a Clementina Fisher el final de la aventura—, para acabar de celebrar mi victoria personal y profesional, le he celebrado casándome.

Clementina, que le había estado escuchando con muchísimo interés, sentada en un sillón con las piernas recogidas, quedó pálida de repente. Palidísima. Sus ojos se desorbitaron.

—¿Cómo que... que te has casado? —exclamó.

—Pues sí. Bueno, gracias por el café y por la conversación, gatita. Ahora, recogeré todas las copias de esas fotografías, y me las llevaré para quemarlas. Francamente, no me gustaría que cayesen en manos de tus hijos. A propósito, ¿dónde están? Ah, no me lo digas; ¡jugando en casa de la vecina! ¡Angelitos! ¿Y tu marido? ¿En San Francisco todavía? ¡Este hombre...!

—Pe... pero Joe... no... no es cierto que te hayas casado...

—¿Cómo que no?

—Pero ¿con quién?

—Pues con Edna, vaya pregunta tonta. Allí mismo, en el hospital, nos hemos...

—Oh, Dios mío... ¡No!

—¿Qué te pasa? ¿Acaso eres tú la única que puede casarse?

—¡Pero si yo no estoy casada!

El cigarrillo escapó de los labios de Joe, que se quedó mirando estupefacto a Clementina, mostrando el más grandioso de los pasmos... con lo que demostraba ser todo un comediante.

—¿Cómo que no? —masculló—. ¡Me has estado diciendo...!

—¡Fue una broma! ¡Oh, cielos!

—¿Una broma? ¿Una... bro... broma...?

—¡Sí! Te... te vi tan guapo y tan... tan convencido de ti mismo, y tan... tan... ¡Oh, Dios mío, no sé por qué se me ocurrió esa tontería!

—Seguramente, fue un capricho —movió la cabeza Joe.

—Pe... pero... pero...

—¿Qué te pasa? No tienes por qué aturdirte tanto. ¡Hay mucha gente caprichosa por el mundo, te lo aseguro!

—Pero... pe... pero, Joe, yo... yo te amo, me... me enamoré de ti en cuanto te vi, y... y por eso... Bueno, pensé que... Quise... ¡Oh, Dios mío! ¡Te has casado!

—Esta misma mañana —suspiró Joe, poniéndose en pie—. ¿Ves lo que

pasa por tener caprichos tontos? ¡Has arruinado nuestras vidas! Porque, gatita, has de saber que yo también te amaba a ti... ¡Y te amo todavía!, ¿por qué voy a negarlo? Pero comprenderás que no iba a entrometerme en la vida de dos niños, de un hombre que te amaba... ¡No tengo corazón para eso! Cielos, Clem, ¿te das cuenta de lo que has hecho con nuestras pobres vidas?

—Pe... pero puedes... puedes divorciarte, pe... pedirle a Edna que... que... Explicarle que... ¡ella comprenderá!

—No sé, no sé... ¡Es muy fuerte eso que pides! Ponte en el lugar de Edna, y lo comprenderás.

—Sí... Oh, sí, claro... Yo... yo... yo... ¿Adónde vas?

—Caramba... ¿adónde voy a ir? ¡Con mi esposa!

—¡No! —Clementina se abalanzó bacía él, y le abrazó—. Quédate, Joe... ¡Te lo suplico, quédate!

—Mujer...

—Yo... yo llamaré a Edna, se lo explicaré... ¡Yo lo haré todo, no tendrás que violentarte con ella!

—Bueno, pero es que...

—¡Joe, por favor!

—Caramba, Clem, es que me estás arrastrando al pecado, criatura. La carne es débil, me estás... forzando, estás condenándome a los fuegos del infierno...

—Te... te estás burlando de mí...

—¡Claro que no!

—Pero tengo... tengo que convencerte para que te quedes...

—Bueno —frunció el ceño él, comenzando a desabrochar la blusa de Clementina—. Ve intentándolo; quizá le consigas. ¡Pero que conste que este capricho pecaminoso es cosa tuya!

FIN

¡Una fabulosa selección de
los mejores relatos del viejo
y salvaje Oeste!

BISONTE
Serie Roja

BISONTE
Serie Azul

BUFALO
Serie Roja

BUFALO
Serie Azul

ASEGURE
SU
EJEMPLAR

*las populares colecciones en
cada uno de cuyos volúmenes, los
más famosos autores del género
le ofrecen lo mejor de su larga
carrera de éxitos.*

CALIFORNIA

COLORADO

SALVAJE TEXAS

KANSAS

EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.

{1} **The Sun** significa El Sol, en inglés.